BRUGUERA

BOLSILIBROS

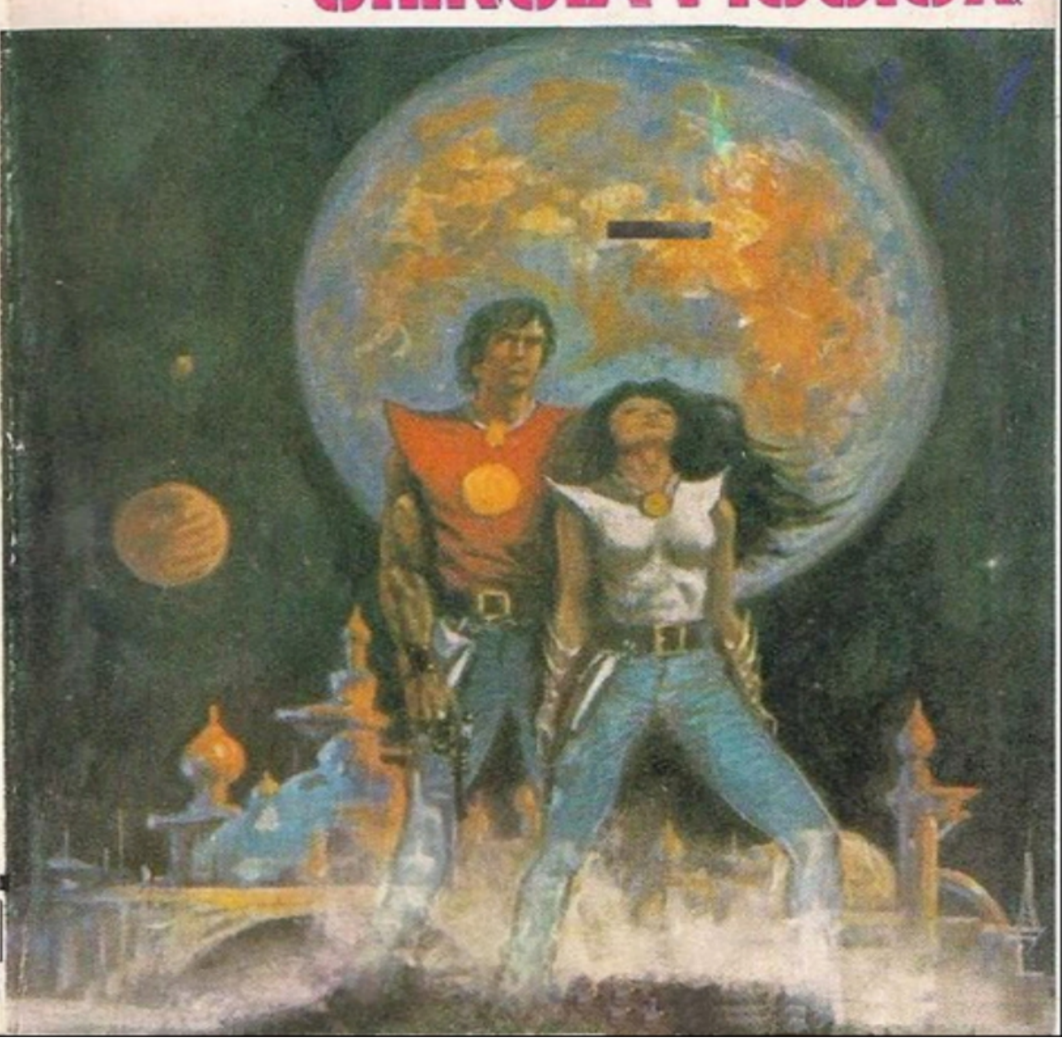
FUTURO

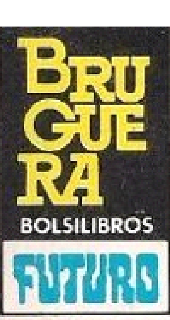
CONQUISTA ESPACIO

MUNDO A LA DERIVA

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





CONQUISTA ESPACIO

MUNDO A LA DERIVA

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

700. — El viajero que vino del infinito. Clark Carrados

701. — *Génesis.* Lou Carrigan

702. — *La nueva humanidad*. Law Space

703. — *El reino de Zora.* Joseph Berna

704. — *Proyecto Liberación*. Ralph Barby

705. — *El imperio de Re - Apharay*. Kelltom McIntire

CLARK CARRADOS

MUNDO A LA DERIVA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 706

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 5.366 -1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: marzo, 1984

2.ª edición en América: septiembre 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1984

CAPITULO PRIMERO

Había estado nadando un rato en la piscina cubierta y después de salir del agua, se secó en el chorro de aire caliente. Luego, cubierta la cintura con una toalla, se acercó a la estancia donde reposaba lánguidamente una hermosa mujer de cabellos que parecían hebras de oro.

Ella contemplaba distraídamente las imágenes que aparecían en una enorme pantalla de televisión. Estaba tendida en un gigantesco lecho, suspendido en el aire por un invisible mecanismo de antigravedad y, en una mesita de similares condiciones, tenía un enorme frutero, repleto de las más variadas frutas, de donde picaba en ocasiones, con estudiada displicencia.

—No sabía que una mujer de tus cualidades fuese aficionada a la televisión —dijo Kevin Laghell.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—No lo soy, pero en este caso, tengo cierto interés. Mi hermano es el secretario de Asuntos Galácticos y, como puedes apreciar, están transmitiendo la ceremonia de presentación de cartas credenciales del embajador de K'Phwon.

—¿K'Phwon? —repitió Laghell, extrañado—. Nunca oí hablar de ese planeta.

—Es posible? —se extrañó la mujer—. Tú, un empedernido viajero del espacio, que has llegado a los más recónditos sistemas de la Galaxia... Un veterano comandante de astronave el héroe popular de Tikhdor... Me parece que deberías saber que existe un mundo llamado K'Phwon.

—Pues, por increíble que te parezca, desconocía su existencia hasta este momento. Claro que aunque he viajado mucho, no me ha sido posible recorrer todos los mundos habitados.

Los ojos de Lahgell siguieron la ceremonia. El embajador, acompañado de su séquito, en el que figuraba una hermosa mujer de cabellos rojizos, saludaba en aquel momento al presidente de la Tierra.

—He estado mucho tiempo ausente de la Tierra —dijo Laghell—.

¿Cuándo se establecieron relaciones con K'Phwon?

—Oh, hace cosa de un par de años. Llegó una nave desconocida, sus tripulantes pidieron permiso para desembarcar, estuvieron algún tiempo y luego se marcharon. Después llegó una comisión, se realizaron algunas conferencias y el resultado lo tienes a la vista, hoy mismo también, sólo que a trescientos años luz, presenta sus credenciales el embajador de la Tierra en K'Phwon.

—Veo al embajador acompañado de una mujer muy bella. ¿Quién es?

—Sphylla, no sé más de su nombre. Es su primer secretario de embajada. Posiblemente, la nombrarán cónsul general de Tikhdor.

Laghell frunció el ceño.

—Esto no me gusta —dijo.

—¿Por qué? Los k'phwonitas no nos pueden causar ningún mal, sino todo lo contraria He oído decir que poseen una civilización avanzadísima, muy superior, en algunos casos, a la nuestra. De los intercambios siempre se obtienen beneficios, Kevin —dijo la mujer sentenciosamente.

—Pero, a veces, unos ganan más que otros —gruñó Laghell.

—Vamos, vamos. no seas cascarrabias. ¿Qué puede importarte a ti que Sphylla sea cónsul general en Tikhdor? No te va a prohibir que vueles por el espacio... ni que vengas a visitarme una vez cada siglo.

Laghell se echó a reír e, inclinándose, besó el cuello de la mujer.

—Te ha parecido un siglo desde que nos vimos por última vez, ¿no es así?

—Cierto —convino ella—, Pero no he permanecido enclaustrada todo ese tiempo.

—Ni yo te lo pediría. Mañana me marcharé y no sé cuando nos volveremos a ver de nuevo.

—Diríase que tienes brasas en los zapatos. No puedes estar quieto mucho tiempo en un mismo sitio. ¿Por qué, Kevin?

Laghell se encogió de hombros.

—Tengo un negocio y debo dirigirlo personalmente —contestó.

—Tu negocio funciona a la perfección. Tienes un valioso segundo. Si quisieras, podrías establecerte definitivamente...

—Preciosa, no es por ofenderte, pero Tikhdor es un planeta infinitamente más bello que la Tierra. Yo diría que es el paraíso de la Galaxia. Si tú vinieras allí...

La rubia se estremeció.

—Los viajes espaciales me dan pánico —exclamó—. Las astronaves son grandes, cómodas..., pero apenas pongo el pie en una de ellas, me invade una sensación de claustrofobia que no puedo dominar. Si hiciese el viaje a Tikhdor, lo que llegaría allí sería mi cadáver. No, gracias, Kevin; prefiero permanecer anclada en este viejo y odiado mundo que es la Tierra.

—Odiado, pero también amado —sonrió Laghell.

—No te quepa la menor duda. Ahora bien, si volvemos al tema de K'Phwon, te diré que, por muy adelantados que lo estén, hay algo en lo que nosotros podríamos darles lecciones, y es en...

Ella se interrumpió de pronto. Laghell la miró intrigado.

—¿En qué, hermosa?

La mujer sonrió. Estaba tendida boca abajo sobre el lecho, completamente desnuda y, de pronto, alargó un brazo y tiró de la toalla que cubría la cintura de su huésped. Luego se volvió boca arriba y tendió una mano hacia él.

—Ven y te lo diré al oído —contestó, con una sonrisa cautivadora.

* * *

—Me parece que ahora voy a tardar mucho tiempo en moverme de Tikhdor —dijo Laghell dos años más tarde, mientras, en unión de su segundo Aktim, caminaba por una de las principales calles de la capital de Tikhdor.

—Tienes cuarenta años físicos, aunque la medicina moderna te confiere un cuerpo y una apariencia de un joven de veinticinco —contestó Aktim—, Es hora ya de que pienses en descansar un poco y disfrutar de la vida. Tienes una magnífica posición económica y personas fieles que cuiden de tus negocios. Después de veinte años de viajar incansablemente por el espacia ¿no crees que es hora de asentar los pies en un mismo sirio?

Laghell recordó lo que dos años antes le había dicho una hermosa mujer «Parece que tengas brasas en los zapatos...»

—Sí —dijo, con un suspiro—, creo que eso va a ser lo que haré. Venderemos el cargamento y nos tomaremos unas largas vacaciones. A ti tampoco te disgustará, ¿verdad?

—Tengo quien se va a alegrar de la noticia aún más que yo — rió el segundo.

Laghell miró de reojo a su acompañante, un hombre más bajo que él, membrudo, fuerte como un hércules y unos dedos capaces de doblar una barra de hierro de cinco centímetros, sin esfuerzo aparente. El orgullo de Aktim era el copete de pelo ensortijado, de casi veinte centímetros de longitud, que parecía el asta de un unicornio mitológico, que nacía justo donde acababa su frente no demasiado ancha.

Pocos sabían que el pelo encubría una aguzada punta de acero, un arma defensiva que Aktim había utilizado en más de una ocasión, en momentos de verdadero riesgo. Muchos se burlaban de tal aditamento piloso, pero bastaba una fiera mirada de Aktim para que la risa se congelara en todos los labios.

—La saludarás en mi nombre, supongo —dijo.

—¿Y por qué. no vienes tú a cenar con nosotros? No te invitaremos a más, pero Shelena se sentirá muy contenta de tenerte a la mesa, te lo aseguro. ¿O es que ya no recuerdas la última pierna de venado tikhdorita que comimos?

A Laghell se le hizo la boca agua al oír aquellas palabras.

—¿Me juras que habrá pierna de venado?

—Puedes estar seguro de ello. Apenas nos vea Shelena aparecer por la puerta...

Aktim se interrumpió de pronto, con los ojos desmesuradamente abiertos al ver algo que no estaba allí dos años antes.

—¡Por los cien millones de dioses del sistema de Ormdyn! —juró —, ¿Qué diablos significa eso?

Laghell siguió con la mirada la dirección que le señalaba el brazo tendido de su ayudante y se sintió también estupefacto al ver el rótulo que había sobre un elegante establecimiento situado en un lugar vacío dos años antes.

El rótulo estaba en cristal negro, con bordes de oro y enormes letras también doradas. Sin salir de su asombro, Laghell leyó:

—«Productos de K'Phwon».

Debajo, en letras más pequeñas, asimismo de oro, había una indicación altamente significativa:

VENTA EXCLUSIVA EN ESTE LOCAL

A un lado de la puerta, acristalada en negro, con armazón de metal dorado, había un cartel con letras más pequeñas en el que, después de acercarse pudo leer:

TENEMOS DE TODO.

SI NO ENCUENTRA LO QUE BUSCA,

PIDALO, EXPRESE SUS DESEOS: HAGA USTED MISMO EL DISEÑO Y SE LO HAREMOS—Increíble —calificó, tras unos momentos de silencio.

—¿Pueden los de K'Phwon establecer aquí locales comerciales? —gruñó Aktim.

—Parece que si — contestó Laghell—, En fin, ¿qué te parece si vamos a ve' a Shelena? Lo que podamos pensar ahora de esta tienda k'phwonita, no debe quitarnos el apetito, me parece: y tu tienes en estos momentos dos clases de apetito, ¿eh?

Laghell dio un codazo amistoso a su ayudante, quien soltó una estruendosa carcajada.

—Imagínate, capitán —dijo Aktim.

En aquel instante, una mujer saló corriendo de la tienda. Detrás de ella, corría un hombre uniformado, que le gritaba se detuviese, sin que sus voces parecieran causar el menor efecto en la fugitiva.

Ella parecía ciega de tal modo que tropezó con Laghell, quien tuvo que sostenerla en sus brazos para que no cayera al suelo. El hombre de uniforme llegó en aquel momento y la agarró por un brazo.

—Vamos, tu, vuelve a donde debes estar —dijo

malhumoradamente.

—No quiero —contestó la chica—. Soy una persona, no una bestia de carga...

—Un momento —intervino Laghell—. ¿Por qué persigue a esta mujer?

—Me vendieron cono esclava a los extranjeros —dijo ella precipitadamente—. No quiero soportar más mi situación...

—Está mintiendo —declaró malhumoradamente el hombre uniformado—. Tiene un contrato de trabajo y no quiere cumplirlo, eso es todo. Y, ¿quién diablos es usted para entrometerse en algo que no le importa?

El joven sacó el pecho.

—Capitán Laghell, comerciante con patente de la Tierra —contestó—. Usted lleva un uniforme. Identifíquese.

—Coronel Fiidoz, jefe de los servicios de seguridad de los establecimientos en Tikhdor —se presentó el sujeto—. Debo añadir, capitán, que estoy legalmente autorizado para ejercer mis funciones...

—Sera dentro de la tienda, pero no en el exterior —objetó LaghelL

—En todo el territorio de Tikhdor, señor —contestó Fiidoz orgullosamente.

—¡Me vendieron como una res! —protestó la chica a voz en cuello—. Soy una esclava, literalmente hablando. Yo nací libre y cuando quiera trabajar en un sitio, me contrataré yo misma y no porque un desalmado haya querido ganar dinero a mi costa.

Laghell frunció el ceño:

—Ella parece decir la verdad, coronel.

Los ojos de Fiidoz chispearon de cólera.

—Capitán, si no me deja cumplir con mi obligación, tendré que pedir refuerzos para que lo detengan, por obstruir la acción de la ley —dijo enfáticamente.

Laghell miró un momento a la muchacha, de aspecto corriente, pero de buena estatura y pelo negro, largo y suelto, que vestía con verdadera modestia. Los ojos de la joven expresaban una súplica que

él, dolorosamente, no podía recoger en aquellos momentos.

—¿Cómo te llamas? — preguntó.

—Aura Donn, señor.

—Está bien, Aura. Te prometo ocuparme personalmente de tu caso. Ahora ve con el coronel y no provoques más conflictos.

—Sí, señor —contestó la chica mansamente.

—Otra cosa. Dices que te vendieron…

—Se llama Zellus Rimmo, señor. Yo estaba con él y…

Impaciente, Fiidoz tiró del brazo de Aura.

—Vamos, vuelve a tu trabajo; ya has hablado bastante.

—Me ocuparé de tu caso — repitió Laghell.

Aura y el coronel desaparecieron en el interior de la tienda de productos K'phwonitas. Laghell se sentía perplejo y furioso a un tiempo.

—¿Es posible que pasen estas cosas en Tikhdor y en pleno siglo XXVII. cómputo terrestre? —barbotó.

Aktim le tocó en el brazo.

—Vamos —dijo— Shelena estará enterada de muchas cosas y nos contara todo lo que ha pasado en estos dos años, durante nuestra ausencia.

—Ha sido una ausencia demasiado larga —refunfuñó el joven—. Las cosas parecen haberse estropeado mucho en todo este tiempo.

—Si es así, no vamos a tener otro remedio que arreglarlas, para que Tikhdor vuelva a ser lo que era.

Shelena dirigía una acreditada taberna, con una clientela fiel y abundante, que no le fallaba jamás. Era una mujer que pesaba casi cien kilos, rebasaba a Aktim en una cabeza y tenia una figura monumental. Shelena y Aktim se abrazaron apasionadamente, él escondido el rostro entre los opulentos pechos de la mujer, a la vez que le daba fuertes palmadas en las opulentas caderas. Laghell, sonriente, contemplaba la escena a pocos pasos de distancia.

Al fin, Shelena le tendió una mano.

—Bien venido a mi casa, capitán —saludó—. ¿Pierna de venado?

Laghell cambió una mirada con su ayudante.

—¿Es telépata? —preguntó, jovial.

—Shelena adivina lo que pensamos los dos respecto de la comida —rió Aktim —. Respecto de otros pensamientos, me reservo la contestación.

—No quiero ser indiscreto —dijo LaghelL

—Vamos, suban a mis habitaciones y esperen; les serviré la cena en media hora —dijo Shelena.

—Tienes que contamos muchas cosas, preciosidad mía —pidió Aktim.

—Sí, hay mucho para contar —admitió ella, ahora con el rostro muy serio.

Después de la cena, Shelena hizo un relato de la situación en Tikhdor y, al escucharla Laghell se dijo que su planeta estaba muy cerca de dejar de ser el paraíso que había sido hasta entonces.

CAPITULO II

La puerta de la tienda se abrió violentamente. Un hombre salió a la calle, profiriendo imprecaciones a pleno pulmón.

—¡Ladrones! ¡Estafadores! ¡Plagiarios!

Laghell se dirigía al astropuerto en aquel momento y se detuvo atónito al oír las voces que emitía aquel sujeto, en cuya mano derecha se veía un objeto que despedía vivos destellos.

—Esta joya no es original ni nada que se le parezca. Es una mala copia del colgante de la colección Varshanoff, de la Tierra... Y yo les pedí un producto típicamente k'phwonita, no un asqueroso plagio de algo que fue elaborado hace más de mil años en la Tierra.

El hombre levantó la mano súbitamente y arrojó el objeto contra el vidrio del escaparate, que se rompió con atronador estruendo. Laghell contuvo una sonrisa y se apartó discretamente a un lado, para evitar verse inmerso en un conflicto que no había buscado ni mucho menos deseado.

Entonces ocurrió algo extraño: varios hombres uniformados salieron de la tienda y se abalanzaron contra el cliente descontento, llevándoselo en peso antes de que nadie pudiera intervenir en su favor.

Un telón metálico, bajó instantáneamente y cubrió el hueco, impidiendo que se viera el interior del local. Laghell, que había contemplado la escena sin perderse el menor detalle, se sintió indignado al ver que el cliente descontento era raptado en plena vía pública, sin que nadie se extrañara de ellos.

De pronto, vio a un policía tikhdoriano cerca de aquel lugar y se dirigió a él a grandes zancadas.

—Eh, oiga agente... ¿Es que no ha visto lo que ha pasado? ¿Por qué no ha impedido que secuestren a ese hombre?

El policía le miró desdeñosamente?

—¿De dónde sale usted, amigo? ¿Es que no sabe que los policías de K'Phwon gozan del derecho de inmunidad?

Laghell se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir algo, el policía dio media vuelta y se marchó, como si no hubiera sucedido nada.

—Pero, ¿es posible que estas cosas sucedan hoy día en mi

planeta? —se dijo el joven mas tarde, hondamente preocupado, mientras reanudaba su camino.

Algo había cambiado en Tikhdor, no cabía duda. Shelena les había contado muchas cosas. pero no lo había dicho todo.

A Laghell, sin embargo, le esperaba una sorpresa todavía mucho más desagradable.

Ocurrió a media mañana. Trabajaba en la confección de la lista de mercancías que había traído en la nave, cuando, de pronto, uno de sus tripulantes le anunció la visita del coronel Fiidoz.

Laghell estaba en su cámara y se sorprendió enormemente al oír aquel nombre. Cortés, sin embargo, se dispuso a recibir al k'phwonita.

Fiidoz se hizo visible segundos más tarde. Juntó los tacones con seco golpe y realizó una enérgica inclinación de cabeza.

—¿Tengo el honor de hablar con el capitán Laghell? —dijo campanudamente

El joven apretó los labios. «¿Trata este hombre de burlarse de mí?», pensó.

Estudió unos segundos al visitante, un hombre alto, delgado, pero bien proporcionado, de cejas picudas y bigote y barbilla terminada en punta. Sesenta años temporales cuarenta y cinco reales, se dijo, al calcular mentalmente la edad de Fiidoz.

—Soy yo, coronel — respondió al cabo—, Tenga la bondad de sentarse...

—Gracias, pero voy a ser muy breve. Capitán, acaba usted de llegar a Tikhdor con un cargamento de mercancías muy diversas.

—Es cierto. Trafico en...

—Lo sabemos, capitán. Mi presencia en su nave se debe a la comunicación oficial que voy a hacerle y de la que le entregaré una copia por escrito. Tiene que vender usted su cargamento a la Agencia Central del Comercio, entidad que se encargará de la distribución y venta posteriores al público. Por supuesto, la Agencia le pagará los precios que usted establece habitualmente, pero tendrá que abonar el cincuenta por ciento, como mínimo, y según las mercancías, en concepto de impuestos establecidos por la ley.

Laghell sintió que se le caía la mandíbula.

—Vender a la Agencia... Cincuenta por ciento de impuestos... —tartajeó, porque se sentía incapaz de coordinar las frases.

—Exactamente, señor —corroboró Fiidoz sin perder su impasibilidad. Sacó un documento de sus ropajes y lo dejó encima de la mesa—. Aquí tiene la comunicación oficial, capitán. Por supuesto, si quiere presentar recurso, puede hacerlo; la ley lo permite, y deberá hacerlo en la División de Justicia del Consulado General de K'Phwon en Tikhdor. Buenos días, señor.

Fiidoz se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia el joven, que parecía anonadado por la increíble noticia que acababa de recibir.

—Capitán, permítame una advertencia amistosa —dijo—. No saque ninguna mercancía de su nave, se lo ruego. He ordenado montar una vigilancia especial y si intentase llevarse algo del cargamento, se consideraría como un grave delito, para castigar el cual, se han dictado severas penas. Adiós.

Cuando. Fiidoz se hubo ido, Laghell permaneció unos minutos en silencio. Shelena, la amiga de Aktim, les había contado muchas cosas, pero lo que acababa de escuchar rebasaba todos los limites de lo humanamente imaginable.

De pronto, se levantó, a la vez que golpeaba la mesa con el puño:

—¡Claro que lo reclamaré —vociferó, a pesar de que estaba solo —. Y antes de vender un solo gramo de mercancía a esa maldita Agencia, prefiero quemar la nave con el cargamento entero.

Más tarde, conferenció largamente con Aktim. Al fin, llegaron a la conclusión de que, por el momento, era preferible presentar el recurso.

Así lo hizo y dos días más tarde, se le comunicó que el recurso había sido rechazado

—Pero no queremos que se nos tachen de injustos —dijo el funcionario de la División de Justicia—, Puede apelar al cónsul general y su decisión final resolverá el caso.

—¿Cómo se hace eso? — rugió el joven, a quien tantas dilaciones tenían al borde de la locura.

El funcionario le presentó un documento.

—Rellénelo y fírmelo Se le avisará para que se presente

personalmente y exponga sus alegatos —dijo—. Puedo asegurarle que la decisión del cónsul será inmediata aunque, por supuesto, inapelable.

Laghell hizo lo que le decían, procurando calmarse, para no cometer una barbaridad que habría empeorado aún más su situación. Cuando salía de aquel despacho, se acordó, sin saber por qué, de Aura Donn.

Había prometido a la chica que trataría de solucionar su caso, pero, con los problemas que había tenido los días pasados, se había olvidado de ella por completo.

Puesto que no podía hacer nada por el momento, se dijo, lo mejor era actuar para ayudar a Aura.

Para empezar, lo mejor era hablar con el «vendedor».

* * *

Le costó varias horas dar con el sujeto, pero, al fin, consiguió encontrarlo en las afueras de una ciudad, en una casa que se caía a pedazos y en medio de lo que calificó mentalmente de basurero. El lugar estaba lleno de desperdicios de todas clases y no se desprendía precisamente un olor agradable.

Había un sucio estanque cerca, en el que nadaban unos patos. Otros rebuscaban entre la inmundicia. Laghell se preguntó cómo era posible que las autoridades sanitarias permitieran la existencia de aquella inmundicia

Un hombre, con barba de varios días, apareció en el umbral de la casa, rascándose el pecho velludo, cubierto apenas por una sucia camiseta cuyo color originario había sido el rojo. Ahora tenia un tono entre rosado y azul, verdaderamente repulsivo.

El ojo derecho del individuo estaba cubierto por un párpado caído. Con el otro ojo, miró al joven inquisitivamente.

—¿Qué quiere usted, hermano? Si tiene chatarra, yo se la compro...

—No tengo chatarra —atajó el joven secamente—. Soy el capitán Laghell, comandante de astronave mercante. Usted es Zellus Rimmo.

—Así me llamo. Y si no quiere traficar conmigo, ¿a qué diablos ha venido, entonces?

—Usted vendió a una chica llamada Aura Donn.

Rimmo escupió a un lado.

—¿Y qué, si la vendí? Era mía, me pagaron un buen precio. Podía hacerlo; la ley me autoriza, ¿sabe?

—¿Cómo? Pero… es una persona…

El sujeto movió el brazo para trazar un amplio círculo.

—Todo lo que hay en este recinto me pertenece. Algunos se deshacen de objetos que no les interesan, simplemente lanzándolos desde sus vehículos aéreos o terrestres. Entonces, pasan a mi poder. Cuando tengo metal suficiente, lo llevo a la empacadora y luego lo vendo a la fundición.

—Eso no tiene que ver con Aura…

—Alguien la dejó aquí hace veintidós años. Debía tener unos pocos días solamente. Mi mujer, ahora soy viudo, la cuidó como si fuese su propia hija. Enviudé hace tres años, sabe?

—Acabo de enterarme —contestó Laghell sarcásticamente—, Pero siga, siga, por favor: es una historia conmovedora.

—Aura estaba harta de vivir aquí. Quería marcharse, pero yo no la dejaba, claro. Necesitaba una ayudante…

«Y tal vez una hembra para la cama», pensó el joven. Pero ella, lógicamente, se habría negado a los requerimientos del repugnante chatarrero.

—En resumidas cuentas. AUra se había vuelto insoportable, así que, cuando vinieron los de K'Phwon y me la compraron, vi el cielo abierto. Se la llevaron y eso es todo. Aura era mía, tanto como esta casa, y la ley me autorizaba a venderla. ¿Me ha oído, capitán?

—Un ser humano es libre por nacimiento —dijo Laghell, procurando dominarse—. No puede ser vendido como esclavo…

—Cuéntele eso a los de K'Phwon —le interrumpió Rimmo—. Yo sólo sé que lo que hice es perfectamente legal. A mi no podrán hacerme nada. ..comprende?

—¿Quién fue el comprador?

—El jefe de la tienda de productos de K'Phwon.

—Fiidoz —dijo el joven.

—No, ese es e jefe de «Seguridad» —Rimmo bajó la voz repentinamente— y en confianza, yo creo que es el jefe máximo de todos los k'phwonitas que viven en Tikhdor.

Laghell parpadeó.

—Yo creía que era el cónsul general —dijo.

—Para mí, es sólo fachada, una tapadera, en suma. Fiidoz es el gran jefazo. créame.

—Bien, lo tendré en cuenta. Ha dicho que el jefe de la tienda es...

—No se lo he dicho, pero se lo diré ahora: Rhaijss Vaden

—Muy bien, muchas gracias, señor Rimmo.

—No sé para qué quiere a esa chica —dijo el sujeto con aire sarcástico—. Es absolutamente sosa, no tiene nada de guapa y más fría que un témpano. Si ha pensado en ella para que le caliente la cama...

Rimmo se calló súbitamente. Laghell se dirigía ya hacia la salida de aquel estercolero y, al oír aquellas palabras, se volvió dirigiéndole una mirada que cortó en seco sus obscenas parrafadas. No dijo nada, pero fue más que suficiente.

Rimmo se encogió de hombros despectivamente.

—Allá él —dijo entre dientes—. Si quiere gastarse el dinero en una chica que no vale el aire que respira, es cosa suya...

Sin saber por qué, Laghell estaba dispuesto a gastarse el dinero que fuese preciso en el rescate de la esclavitud a que había sido sometida Aura Donn.

CAPITULO III

Cuando se disponía a entrar en la tienda de Productos de K'Phwon, vio salir a un sujeto cuyo rostro le pareció conocido. Laghell se detuvo mirándole fijamente y el otro pareció sentirse intrigado.

—Ahora recuerdo —exclamó el joven de pronto—. Usted es el cliente descontento que rompió el escaparate, arrojando una joya falsificada...

El hombre sonrió anchamente.

—Hubo un error —contestó—. Ahora tengo la auténtica Varshanoff. Me presentaron sus excusas, porque un inepto dependiente se había equivocado, dándome una mala copia de algo que es absolutamente inimitable.

—He oído hablar de la colección Varshanoff y, sin duda, es excepcional. Permítame que le felicite por el buen fin del asunto, señor...

—Troyl, Bett Troyl —dijo el otro, a la vez que tendía la mano a su interlocutor.

Vagamente, Laghell notó que la mano del hombre estaba un tanto fría, pero no prestó demasiada atención al detalle.

—Capitán Kevin Laghell —se presentó y despidió a un tiempo.

Inmediatamente, entró en la tienda.

Estaba sobriamente decorada y sólo había un par de mostradores en ángulo, con cubiertas de cristal, en el que se veían algunas joyas que a Laghell, buen conocedor, le parecieron que no valían demasiado. Un atildado dependiente, uniformado en rojo oscuro y oro, le atendió con gran cortesía.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—Soy el capitán Laghell. Deseo hablar con el director comercial.

—Le llamaré, señor. Inmediatamente.

El dependiente desapareció al otro lado de unas espesas cortinas de color azul, con orlas plateadas. Mientras, Laghell se entretenía en contemplar los artículos expuestos que, en general, le parecieron pobres.

«Antiguamente, los colonizadores llevaban cuchillos y abalorios de colores para los indígenas. ¿Acaso nos creen los k'phwonitas en

pleno siglo XV?», pensó, sin poder contenerse.

Un hombre surgió instantes más tarde. Era más bien bajo, regordete y vestía como el dependiente, sólo que llevaba sendos círculos rojos en las hombreras de su uniforme.

—Rhaijss Vaden, director comercial, a su servicio, capitán —dijo—, ¿En qué puedo servirle?

—Los artículos aquí expuestos, y perdone la franqueza, ya que también soy comerciante, no me parecen demasiado buenos. La verdad, creí que en K'Phwon estaban más adelantados.

Vaden sonrió untuosamente.

—Perdone, capitán, pero es que quizá no conoce todavía nuestro sistema comercial. Ciertamente, los artículos expuestos no representan lo mejor de K'Phwon, pero cuando una persona está interesada en comprar alguno de nuestros productos, le hacemos pasar a la sala de exposiciones, en donde, por medio de una pantalla gigante, le hacemos contemplar los artículos en que puede estar interesado. Una vez tomada la decisión por el cliente, el artículo se le sirve en un plazo verdaderamente corto.

—Tendrán un buen sistema de correos —sonrió Laghell.

—Por supuesto, capitán. Y, dígame, ¿qué es lo que desea comprar usted?

—Algo que no tienen expuesto aquí ni tampoco proyectan en su pantalla catálogo: una mujer llamada Aura Donn.

La sonrisa desapareció instantáneamente del rostro de Vaden.

—Es algo que no está en venta, capitán —respondió con sequedad.

—Ustedes se la compraron a su dueño, ¿no es cierto?

—Es cierto, y le aseguro que una operación perfectamente legal...

—Disculpe, señor Vaden. pero creo que está equivocado. Por favor, dígame, ¿cuánto tiempo hace que compraron a la chica?

—Oh, unas cuatro semanas, aproximadamente. Si lo desea, buscaré la documentación...

—No hará falta — cortó Laghell, a la vez que alzaba la mano—. La ley tikhdoriana 44-087-1 B. de 12 de febrero de 2711, establece

que, siendo lícita la venta de una persona propiedad de alguien, la operación no tendrá plena efectividad en el plazo de seis meses, si el comprador es un extranjero. En tal caso, un nativo puede comprar a la persona vendida, abonando, por supuesto, el importe de lo que haya pagado el primer comprador, más una cantidad que ambas partes estipularán como compensación a los gastos que dicho comprador extranjero haya podido realizar.

Vaden se quedó con la boca abierta.

—No lo sabía...

Impasible, Laghell sacó su talonario de cheques.

—Un pleito les proporcionaría una publicidad indeseada —dijo—, Pero, naturalmente, si cree que tiene todos los derechos sobre Aura Donn, puede recurrir a los tribunales. Aura no es una mercancía importada sobre la cual se pueden imponer determinadas tasas y gravámenes, sino una persona nacida en Tikhdor.

Vaden emitió una sonrisa de circunstancias.

—Resumiendo, tenemos todas las de perder —dijo desmayadamente.

—Juzgue usted mismo —contestó el joven.

—Ahora mismo le traeré a la muchacha —manifestó Vaden.

—Está bien, que se la lleve. No he visto nunca mujer más rebelde...

A Laghell le pareció la voz del coronel Fiidoz, pero no habría sido capaz de asegurarlo. No obstante, le alegró escuchar aquel comentario, ya que así venía a saber que Aura no había renunciado en ningún momento a su identidad ni a sus derechos como persona libre.

Un cuarto de hora más tarde. Aura, modestamente vestida. aunque con ropas limpias, se hacia visible. Laghell abonó sin rechistar el precio que le pidió Vaden y luego hizo una seña a la muchacha.

—Sígueme, Aura.

Ella le siguió mansamente.

* * *

Al llegar a su residencia, Laghell hizo un amplio ademán con el brazo.

—Esta será tu casa por una temporada —dijo—. No te he traído aquí para que seas mi esclava, sino porque me indignó que te habían vendido como una res.

—Nunca podré agradecerle bastante, capitán...

—Basta, no digas una sola palabra más en ese sentido —cortó el joven—. ¿Te han tratado bien en la tienda k'phwonita?

—No tengo quejas, excepto que sí era su esclava.

Laghell frunció el ceño.

—Eres joven. ¿Abusaron de ti?

—No. Por sorprendente que parezca, ni uno solo de los k'phwonitas intentó propasarse lo más mínimo. Mi papel se reducía a la limpieza y aseo de los distintos departamentos, simplemente.

—Y cocinar, supongo.

—No. Parece que no les gustan demasiado las comidas tikhdorianas. A las horas de las comidas, se encerraban en una habitación en la cual no entrado nunca. Supongo que allí tenían su despensa y su cocina, con víveres exclusivamente traídos de su planeta, pero nunca entre allí ni los vi comer, ni tampoco vi los desperdicios ni las sobras de la comida.

—Bueno, eso no tiene importancia. Así pues, sólo hacías la limpieza y el aseo...

—Terminaba relativamente pronto, y pasaba el resto del día mano sobre mano en mi habitación. Me trajeron algunos libros y tenía un televisor.

—Una vida algo aburrida, ¿no?

—Sin embargo, dormía bien, aunque con muchas pesadillas la mayoría de las noches. Yo soñaba que me metían en una máquina muy rara, donde querían triturarme...

—Seguramente, querían hacer hamburguesas contigo —rió Laghell—. Está bien, ya han cesado tus preocupaciones, Aura. Por un tiempo, no saldrás de mi casa. Simple precaución, compréndelo.

—Si señor.

—Como verás en seguida, hay un extenso jardín, con piscina. donde podrás pasear y tomar el sol todo lo que quieras. Te enseñaré también la cocina y podrás prepararte las comidas a tu gusto.

Laghell contempló a la muchacha unos segundos. Luego meneó la cabeza.

—Necesitas ropa —dijo—. Esos k'phwonitas se han mostrado más bien tacaños a la hora de cuidar de tu indumentaria. Bien arreglada y peinada, podrías haber causado un gran efecto en el mostrador. Pero, por lo visto, desconocen los rudimentos del comercio... Así. ¿qué demonios esperan vender en Tikhdor? —añadió despectivamente.

De pronto, agarró a la chica por un brazo y la situó delante de una gran pantalla, provista de teclado.

—Pide lo que quieras. El Banco registrará el importe en mi cuenta.... aunque —se echó a reír—, la mayoría de los artículos que necesites saldrán de mis almacenes. Pero no reprimas los gastos, ¿entendido?

—Si señor. No sé como darle las gracias señor...

—Está bien, está bien, no gimotees, chica. Ya sé que has llevado una vida muy aperrada con ese bribón de Rimmo. pero te aseguro que las cosas van a cambiar para ti a partir de ahora. Soy capitán de astronave comercial y puede que te lleve conmigo el próximo viaje.

—Me ilusionaría mucho viajar por el espacio —sonrió Ara, a través de las lágrimas que inundaban los que ahora Laghell veía eran unos ojos muy bellos.

—Hablaremos de eso más adelante. Ven, voy a enseñarte el resto de la casa...

Poco después, volvían a la misma sala. Laghell se acercó a la pantalla, a fin de instruir a la muchacha en su manejo, pero, de pronto, se volvió y la miró fijamente.

—Aura, dime una cosa. Has vivido con Rimmo muchos años, prácticamente, todos los años que tienes. ¿Abusó ese tipo de ti alguna vez?

—Lo intentó en más de una ocasión, pero siempre me defendí —contestó ella mirándole claramente a la cara.

—Lo celebro. Y ahora...

Un tenue pitido, que se repetía con intermitencias regulares, cortó la frase que Laghell se disponía a pronunciar. Intrigado, el joven se acercó a la pantalla y pulsó la tecla de conexión.

Inmediatamente, apareció un mensaje en el vidrio deslustrado:

DE

CONSUL GENERAL K'PHWON A CAPITAN K. LAGHELL.

ASUNTO:

RECLAMACION EN APELACION SOBRE IMPUESTOS DE CARGAMENTO COMERCIAL.

EL CONSUL GENERAL RECIBIRA AL APELANTE PARA DECISION A LAS 19.30, EN EL EDIFICIO DEL CONSULADO GENERAL, PUERTA B.

SE RECOMIENDA ESTRICTA PUNTUALIDAD.

NOTA: DESEABLE TRAJE DE ETIQUETA TERRESTRE.

FIN DEL MENSAJE.

Laghell leyó la penúltima línea del despacho y soltó una exclamación típicamente terrestre:

—¡Atiza!

* * *

Iba vestido con chaqueta de solapas de raso, pechera almidonada y corbata de lazo negra. Los pantalones, con pernera también de raso y los zapatos deslumbraban. En la puerta de un edificio que Laghell veía por primera vez, señalada con la letra B, había un guardia uniformado.

—Soy el capitán Laghell —se presentó.

—Su excelencia le aguarda, capitán —dijo el centinela, a la vez que abría la puerta—. Tenga la bondad de pasar.

Un ujier le recibió al otro lado de la puerta que, según pudo apreciar, daba a un extenso y bien cuidado jardín, adecuadamente iluminad con lámparas escondidas entre la vegetación. Al fondo,

divisó lo que parecía un muro totalmente acristalado, pero con vidrios translúcidos. Laghell tuvo la sensación de que era una estancia de grandes dimensiones, acaso con piscina cubierta. Tenía una gran semejanza con la de su amiga, la hermana del secretario de Asuntos Galácticos de la Tierra.

El ujier le dejó ante una puerta que descorrió silenciosamente.

—Pase, capitán.

Laghell cruzó el umbral y se detuvo a dos pasos, mientras contemplaba con asombro la singular escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Tendida boca abajo sobre una mesa de masajes, completamente desnuda, aunque cubierta desde la cintura por una sábana, había una mujer, cuyo cuerpo era masajeado por dos sujetos de rostro impasible y cuerpo tremendamente robusto. Ella tenia la cara vuelta hacia el lado opuesto y lo único que Laghell podía ver era una densa cabellera de tonos rojizos.

—Soy Sphylla. cónsul general —dijo la mujer.

Laghell sintió que se le cortaba la respiración.

—Así pues, consiguió el nombramiento, señora —dijo.

—¿Cómo? ¿Sabía que me lo iban a conceder? —se asombró ella.

—Hace dos años, estuve en la Tierra, y presencié por televisión la presentación de cartas credenciales de su embajador. Entonces, alguien me dijo que a usted la iban a nombrar cónsul general en mi planeta.

—Su informador acertó, capitán —dijo Sphylla—, Tengo entendido que ha estado fuera de Tikhdor durante mucho tiempo.

—Dos años, aproximadamente, señora.

—Entonces. ignora muchos de los cambios que se han producido aquí en su ausencia.

—Es lógico, ¿no le parece?

De pronto, Sphylla hizo una señal con la mano y los dos masajistas se retiraron en silencio. Ella se sentó en el borde de la mesa, cubriéndose con la sábana la parte delantera del que Laghell estimó un hermoso cuerpo.

—Voy a darme un baño, capitán —anunció, a la vez que pulsaba un botón situado en la cabecera de la mesa de masajes.

Un poco más lejos, parte del suelo se deslizó a un lado, dejando a la vista una piscina de unos doce metros de largo por seis de ancho. Sphylla se puso en pie, caminó hasta el borde, soltó la sábana y se lanzó de cabeza al agua.

Al asomar, agitó una mano.

—Sírvase una copa para entretener la espera, capitán —indicó.

Un cuarto de hora más tarde, Sphylla salió y se acercó a un cubículo de paredes acristaladas en el que se encerró. Era un secador de aire caliente, adivinó Laghell, pero también un vestidor, porque, a los pocos minutos, ella salió ataviada con un traje de color verde oscuro, abierto casi totalmente por el costado izquierdo y debajo del cual, estaba seguro, no llevaba otra prenda.

Sphylla le dirigió una sonrisa cautivadora.

—Le pedí traje de etiqueta porque quería que cenase conmigo, capitán —dijo—. ¿Acepta la invitación?

Laghell se inclinó.

—Imposible rechazarla, señora —contestó gravemente.

CAPITULO IV

—Han cambiado muchas cosas en Tikhdor, efectivamente —dijo Laghell después de una cena fría, durante la cual habían hablado de temas intrascendentes—. Si me permite la franqueza, señora...

—Lo deseo, capitán —sonrió Sphylla.

—Pues bien, no se ofenda si le digo que, dejando a un lado lo estrictamente personal, pienso que su cargo, más que de cónsul general, para velar por los intereses de sus compatriotas, parece el de un procónsul romano en el siglo I de nuestra Era. O un virrey, en tiempos más modernos, con autoridad, no sólo sobre sus propios compatriotas, sino también sobre los nativos.

Sphylla se encogió de hombros.

—Son cláusulas del tratado establecido entre la Tierra y K'Phwon —respondió.

—Algunas de esas cláusulas se han establecido sin el consentimiento y, menos aún, el conocimiento de los nativos.

—Recuerde, capitán, que la Tierra tiene ciertas prerrogativas respecto de planetas habitados por descendientes de personas que nacieron allí, no importa el tiempo en que se produjo el nacimiento y la colonización del planeta en cuestión. Tikhdor está en este caso.

—Nuestra independencia es prácticamente absoluta...

—Sólo en la práctica —alegó ella—. Las leyes al respecto no han sido derogadas todavía.

—De todas formas, un gobierno terrestre no debía...

—Quizá no debiera, pero podía y firmó el tratado.

—Ya veo —dijo él con amargura—. Sin duda, K'Phwon usó poderosas armas para convencer al gobierno de la Tierra.

—Ese es un asunto de la diplomacia en el que yo no entro ni salgo, capitán.

—Pero, sin duda, conoce los argumentos...

—Claro que si, aunque no los mencionaré por ahora. De momento, es secreto de estado, usted me comprende.

Laghell meneó la cabeza.

—Cienos secretos de estado no cuadran bien con el respeto que se debe a los ciudadanos —manifestó tristemente—. Lo malo es que no le veo solución para este problema.

—Hombre, no se va a lanzar usted a la guerrilla, ¿verdad? —dijo Sphylla sarcásticamente.

—No conseguiría nada, señora.

—Celebro su sensatez, capitán.

—Gracias, señora.

—Pero antes ha hablado usted de leyes no aplicadas, aunque tampoco derogadas, y ha ejercido ese derecho para cierta operación realizada en la tienda de productos k'phwonitas.

Laghell sonrió.

—¿Puedo decir algo a su excelencia, si me da su palabra de no anular la operación?

—Está hecha ya y he ordenado que no se haga nada en contra —dijo ella—, ¿De qué se trata, capitán?

—Me inventé esa ley para impresionar al director comercial. Jamás se promulgó una ley semejante, sobre todo, porque hace más de mil años que se abolió la esclavitud entre los terrestres.

Sphylla rió suavemente.

—Es usted un tipo muy astuto, capitán. Pero también he oído decir muchas cosas de usted en otros aspectos.

—¿Por ejemplo?

Sphylla se soltó el broche de la hombrera izquierda de su vestido y el seno, de perfecta semiesfericidad, quedó al descubierto. Acto seguido, presionó un botón y la pared del fondo se descorrió en silencio, dejando al descubierto un lujoso dormitorio, en el que se veía un gran lecho, decorado en azul claro y plata.

—Tengo entendido que es un hombre al que no se le resisten las mujeres —dijo ella incitantemente.

Laghell tenía una copa en la mano y la miró por encima del borde.

—Señora cónsul general, ¿qué hay de mi apelación sobre los

impuestos? — preguntó.

—Aceptada y condenados todos los impuestos —dijo Sphylla.

—Entonces, debo pagar el ingreso de mis mercancías de otra forma distinta.

—¿Lo va a considerar como un pago?

Laghell se puso en pie. Dejó la copa a un lado, pasó al otro lado de la mesa y levantó a Sphylla en vilo.

—Digamos mejor que es el postre de la cena —contestó.

* * *

Cuando abandonó la residencia, cerca del amanecer, se sentía descontento de sí mismo no ya por haber cedido a los encantos de Sphylla. sino porque había podido observar en ella ciertos detalles de su comportamiento que no le satisfarían plenamente. A veces, le había parecido fría y distante y, en otros momentos, incluso había creído ver algo de ficción en los momentos de pasión más intensa.

Había sido sólo el capricho de una mujer tal vez aburrida por un cargo que había solicitado quizá con vistas a un futuro político de mayor envergadura, se dijo. De todos modos, no debía considerarlo como una relación permanente y, a fin de cuentas, había conseguido anular la orden del pago de los impuestos.

Aunque, eso sí, tendría que vender a la Agencia Central Comercial de los k'phwonitas. Pero si le pagaban todo el cargamento de golpe, obtendría un buen beneficio y...

Llegó a su casa y alguien le abrió la puerta.

—Buenos días, capitán —saludó la mujer que estaba en el umbral.

Laghell parpadeó. Era una muchacha de poco más de veinte años, pelo oscuro, muy bien peinado, vestida con una blusa a rayas, con vivos blancos, y pantalones cortos, negros. En torno a los cabellos llevaba una cinta con adornos de encaje blancos.

—Me he equivocado de casa —dijo él.

La chica se echó a reír.

—Ordené este vestido —manifestó—. Es el más apropiado para el trabajo de la casa, capitán.

—¡Aura! —exclamó Laghell, atónito—. ¡Estás desconocida...!

—¿Verdad que si, capitán? —dijo ella de buen humor—. ¿Le preparo el desayuno o prefiere bañarse antes?

Laghell la miró de soslayo.

—Me bañaré antes, claro — respondió.

—Muy bien, señor. Dentro de treinta minutos tendrá el desayuno en la mesa, señor.

—Aura, ese traje que llevas no me gusta en absoluto —dijo él con brusquedad.

La joven le miró desconsoladamente.

—¡Oh, cuánto lo siento, señor! Yo pensé que sería el más indicado...

—Es uniforme de sirvienta. Muy moderno, pero tú no eres mi criada.

—Bueno, es preciso hacer el trabajo de la casa... Además, dentro de una hora va a tener visita y creo que sería conveniente que yo la reciba adecuadamente uniformada, señor.

—¿Una visita? —se extrañó él.

—Sí, señor, la señora Malavay. Dice que es muy urgente y que quiere hablar con usted esta misma mañana... Llamó anoche, pero yo le dije que había salido y que no sabía cuando regresaría.. Hace unos minutos, volvió a llamar y...

Laghell hizo un gesto de resignación.

Tiempo atrás, Tark Malavay había estado asociado con él y ambos habían realizado varias operaciones muy fructíferas. Luego, Laghell se había independizado, adquiriendo su propia nave comercial, pero la amistad había continuado inalterable a pesar de que Malavay le pasaba quince años y su esposa casi otros tantos. Lena Malavay debía de tener graves problemas, cuando le pedía una entrevista con tanta urgencia.

—Está bien, la recibiré —accedió finalmente.

* * *

Lena Malavay negó y fue recibida por Aura en la puerta. La

visitante miró con ojos críticos a Aura, pero desvió la vista en seguida, para dirigirse al encuentro del dueño de la casa, que ya se acercaba a ella con ambas manos tendidas.

—Querida Lena, cuánto celebro verte… —saludó Laghell, besándola en ambas mejillas—. Tú estás tan guapa como siempre, robando corazones por todas partes y consiguiendo que miles de hombres piensen a la vez en asesinar a tu marido. Yo, uno de ellos, por supuesto.

Lena soltó una risita de circunstancias. Aunque ya algo madura, se conservaba perfectamente y todavía hacía volver !a cara a su paso por las calles de la capital. Pero casi en el acto, se puso seria.

—Tengo que hablarte de algo muy importante, Kevin —dijo.

—Estoy a tu disposición. Aunque todavía no te he preguntado por tu marido…

—De él precisamente quería hablarte —manifestó la visitante.

—Muy bien, vamos a mi escritorio… Aura, ¿quieres traernos café?

—Sí, señor, al momento —contestó la chica.

—¡No! —contradijo Lena—, Prefiero que hablemos a solas. Y tú, muchacha, aparta las orejas de la cerradura de la puerta; tengo alergia a las sirvientas demasiado curiosas, ¿me entiendes?

Aura enrojeció vivamente. Fue a decir algo, pero Laghell le hizo una seña disimulada para que se retirase y la chica obedeció en silencio.

—Está bien —dijo Laghell, cuando se encontraban a solas en su gabinete privado—. cuéntame lo que te pasa. Si puedo ayudarte, lo haré con mucho gusto. ¿Es algún asunto de negocios, Lena?

—No —respondió la mujer—. Es algo muy… personal, intimo…

Laghell frunció el ceño.

—Lena, yo no soy médico ni psiquiatra. Si esperas de mí consejos en cierto sentido, estás muy equivocada.

—Espera, hombre —pidió ella con impaciencia—. Déjame hablar y luego dirás lo que sea. Se trata de mi esposo… Siempre fue un hombre apasionado, incluso, a veces, demasiado.

—También sé que tenía mucho éxito entre las mujeres —sonrió el

joven.

—Eso se acabó al casarse conmigo.

—Tal vez ha vuelto a las andadas...

—No, no me ha sido infiel. Pero ya no es el que era, Kevin.

Laghell se puso serio.

—Lena, si no estoy equivocado, tu esposo anda ya por los sesenta años temporales, es decir, poco más de cuarenta físicos. Ciertas facultades disminuyen con la edad, de modo que no te extrañe recibir ahora menos... atenciones conyugales.

—Tampoco es eso, ¡caramba! Es... no sé cómo definirlo... Desde luego, es menos apasionado, pero no tanto como para culpar de ello a otra mujer. La verdad, a veces me parece que estoy amando a un muñeco.

—Vamos, vamos —dijo Laghell riendo—. Un muñeco, tu marido... Le he conocido años atrás, antes de vuestra boda, y tuve ocasión de comprobar que era todo menos un muñeco. Corrimos algunas aventuras juntos, cuando yo era un principiante, y sé que tenía una fama verdaderamente merecida en algunos aspectos. Ninguna mujer me dijo jamás una cosa semejante de tu esposo, créeme.

—Bueno, pues es una sensación que no puedo evitar. Lo siento, es la única forma que tengo de explicar lo que siento, Kevin. Creo que no se trata de un caso de psiquiatría sino más bien de amistad. ¿Tú no podrías hacer algo? —dijo ella ansiosamente.

A Laghell la petición le sentaba pésimamente, pero no podía rechazarla sin más. Lena era una mujer muy enamorada de su esposo y ni soñar en que había venido a visitarle, buscando una aventura, basada en supuestas desatenciones conyugales.

—¿Cuánto tiempo hace que le ocurre esto? —preguntó, para ganar tiempo y reflexionar acerca de la respuesta que debía dar a su visitante.

Ella le enseñó una costosa joya que descansaba sobre su opulento pecho.

—Me la compró hará unos cuatro meses, en la tienda de «Productos de K'Phwon». Es una joya original de aquel planeta, muy bonita, como puedes comprobar.

—Sí, es verdaderamente preciosa —convino Laghell.

—Bueno, resultó que el broche tenia cierto defecto y tuvo que llevarla a que se lo reparasen. Le dieron una fecha, volvió, le dijeron que aún no estaba... En resumidas cuentas, tuvo que hacer no menos de media docena de viajes.

—¿Y eso qué tiene que ver con tus problemas?

—Oh. no lo sé... Te lo digo únicamente para que sepas, aproximadamente, la fecha en que empezaron nuestros problemas... ¿Hablarás con él, Kevin? —solicitó Lena con verdadera ansiedad.

Laghell asintió.

—Tengo trabajo, pero haré un hueco en mi agenda para conversar con tu esposo —accedió finalmente.

Lena se puso en pie

—Si solucionas este asunto... Nunca te lo agradeceré bastante, Kevin.

La señora Malavay se marchó. Laghell permaneció pensativo en la puerta, reflexionando sobre la extraña conversación que acababa de sostener con la esposa de un buen amigo.

—La señora tiene razón. En la tienda k'phwonita suceden cosas muy raras.

Era Aura la que acababa de hablar y Laghell. sorprendido, se volvió hacia ella.

—Has estado escuchando —dijo en tono de reproche.

—No, he deducido simplemente. Lleva una joya k'phwonita, está muy preocupada y... Pero ignoro cuál es su verdadero problema, aunque, desde luego, tiene su origen en esa tienda maldita. Ya lo decía Rimmo: allí suceden cosas verdaderamente extrañas, pero él callaba la boca y no soltaba prenda.

—Sin embargo, te vendió a ellos.

—Le pagaron un buen precio. Seria capaz de vender a su madre por un centésimo de «garant» —respondió Aura.

—Muy bien —dijo él finalmente—. Ahora tengo trabajo. En cuanto me haya despachado, iré a hablar con Rimmo. Después, compraré cualquier cosilla en la tienda k'phwonita...

Aura meneó la cabeza repetidas veces.

—Yo no compraría en esta tienda ni siquiera una caja de fósforos —dijo sorprendentemente.

CAPITULO V

El hombre que vino a verle en su despacho comercial, se llamaba Trixor Ank y dijo ser representante personal y con plenos poderes del director de la Agencia Central de Comercio. Ank portaba un duplicado de la lista del cargamento importado por Laghell y manifestó estar dispuesto a abonar en el acto el impone de las mercancías.

—Y, permítame una cosa, capitán: le felicito muy sinceramente por la exención total de impuestos que ha conseguido, merced a la benevolencia de nuestra cónsul general.

—Su excelencia se portó muy generosamente conmigo —respondió el joven—. Bien, señor Ank, ¿le parece que empecemos el cotejo de las listas?

—Estoy a su disposición, capitán.

Laghell hizo un ademán con la mano. Ank tenía su copia y el original estaba en sus manos. Cada mercancía tenía detallado el precio por unidad y el global del importado.

—Perfectamente —dijo Ank—, La primera partida consta de dos mil unidades de reposición de controles de alarma para edificios públicos.

—Me lo encargó el municipio de la capital —sonrió Laghell—, En Tikhdor no tenemos factoría que produzca esos cacharritos y tuve que traerlos desde Omram-6.

—Sí, consta en el apartado correspondiente. Bien el precio por cada unidad es de cinco «garants», lo que supone diez mil.

Laghell frunció el ceño.

—Perdone, señor Ank. El precio es de veintidós «garants» por unidad y el total es cuarenta y cuatro mil.

—Le siento. La agencia ha fijado el precio de cinco «garants» por unidad.

Los dos hombres se miraron fijamente durante algunos segundos. Ank, apreció Laghell, era un tipo agradable, cortés, pero con pupilas

que parecían de acero pulido.

—Señor Ank —dijo el joven tras una pausa, durante la cual se aplicó denodadamente a dominar la furia que sentía—, ¿puedo preguntarle quién es el director de la Agencia Central de Comercio?

—No tengo ningún inconveniente en contestarle, capitán —dijo el sujeto sin inmutarse—. El director es nuestra cónsul general. Claro que actúa más bien de modo honorífico, pero, sin embargo, supervisa eficazmente todas nuestras actuaciones y, créame, examinó esta copia y aprobó rotundamente los precios que yo, como director ejecutivo, he fijado para sus mercancías.

—Señor Ank, ¿qué pasaría si ahora yo decidiese pagar el cincuenta por ciento de impuestos? Cada unidad vale veintidós «garants», de modo que me descontarían once. Aun así, ganaría seis más del precio que usted propone.

—No puede hacerlo. La cónsul le concedió una petición y no está permitido rechazarla

—Es decir, tengo que aceptar el precio que ustedes fijan unilateralmente.

—Así es, capitán. Créame que lo siento...

Con aparente suavidad, Laghell arrebató la lista que Ank tenia aún en sus manos y la hizo mil pedazos.

Luego se puso en pie.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —vociferó—. Salga y dígale a sus malditos jefes, incluida la cónsul general, que no pienso venderles un solo gramo de mis mercancías. Antes pegaría fuego a todo lo que hay en la nave, ¿me comprende?

Ank se asustó ante la inesperada reacción del joven.

—Capitán, le ruego recapacite...

Laghell extendió las manos hacia el k'phwonita.

—Si no se va de aquí ahora mismo, tendrán que sacar su cadáver, por que voy a estrujar su inmundo pescuezo...

Ank, espantado, huyó a la carrera. Al quedarse solo, Laghell empezó a dar puñetazos en la mesa.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? ¿Quién ha convertido Tikhdor, de

un paraíso que siempre fue, en un mundo donde repugna vivir?

Cuando se hubo calmado un poco, se sentó de nuevo y hundió la cabeza entre las manos.

Meditó durante largo rato. Tenía que hacer algo; no podía permanecer eternamente inactivo. ¿Por dónde empezar?

De pronto, recordó un detalle que había olvidado momentáneamente. ¿No era Aura la que había dicho que en la tienda de Productos de K'Phwon sucedían cosas muy raras?

Aura se lo había oído a Rimmo. ¿Por qué no hablar con el chatarrero?

* * *

Zellus Rimmo miró con aprensión a su visitante y retrocedió hasta el umbral de su cabaña, pero el joven le hizo un gesto amistoso con la mano, a la vez que le enseñaba algo envuelto en una bolsa de papel fuerte.

—Vengo en son de paz, Zellus — manifestó Laghell—, ¿Ha oído hablar alguna vez de los vinos de Evlon?

Los ojillos del chatarrero despidieron chispas.

—Es un vino muy caro. Yo no puedo permitirme el lujo... Laghell vio un taburete en la cochambrosa veranda, se sentó y sacó la botella

—Traiga dos vasos, Zellus.

El hombre entró en la cabaña y salió a poco con dos copas sorprendentemente talladas y que despedían purísimas notas musicales al ser golpeadas por la uña del índice. Laghell se quedó mirando la suya con aire estupefacto

—Oiga, es cristal auténticamente terrestre...

Rimmo escupió a un lado.

—Si viera la cantidad de cosas que tira la gente... Estas copas me las encontré en su embalaje. Había once y parece ser que al dueño se le rompió una y tiró el resto... Un tipo caprichoso, sin duda.

—Caprichoso de veras. Cada copa vale, al menos, cien »garants»... ¿Le quedan seis intactas, Zellus?

—Por supuesto.

—Son mías —dijo Laghell firmemente—. Ahora, charlemos un poco...

Laghell, astuto, dejó que el chatarrero vaciase dos copas, mientras él apenas si tomaba la mitad del contenido de la suya. Luego sacó un billete de quinientos y otro de cien y los puso en las manos del sujeto.

—Zellus, en la tienda k'phwonita suceden cosas muy raras —dijo —, ¿Qué puede usted contarme sobre el particular?

Rimmo le minó con el ojo útil.

—De cuando en cuando, me llaman para que retire la basura. Voy allí, me llevo lo que me entregan, en un par de cajas que ellos mismos me facilitan, cobro cincuenta «garants". Vuelvo aquí, examino los desperdicios y si hay algo aprovechable, lo separo para venderlo más tarde a la fundición... Por cierto, hará unos meses, vino el propio director de la tienda. Parece ser que, por error, habían tirado unas varillas de metal, de forma muy particular... Era un fajo y quería recuperarlo a toda costa.

—¿Se lo devolvió?

— Me dio cien «garants», un precio veinte veces superior al que me habrían pagado en la fundición. Pero creo que no se llevó todas las varillas... Espere, me parece que conservo una o dos...

Rimmo entró en la cabaña y volvió a salir momentos después, con dos delgadísimas varillas de metal pulido, de unos cuarenta centímetros de longitud. Al verlas, Laghell sonrió.

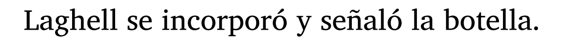
—Parecen agujas de tejer —comentó.

—Ninguna mujer tejería un jersey con estas agujas —dijo el chatarrero-. Son demasiado delgadas.

Laghell asintió. La sección de dichas agujas era inferior al medio milímetro, pero, experto en cierto modo, adivinó su gran resistencia a la tracción a la par que una gran flexibilidad.

—Me llevaré una —dijo, sin saber por qué—, Zellus, ¿qué más tiene que contarme de la tienda k'phwonita?

—Allí van y vienen gentes muy extrañas, que no son de Tikhdor precisamente. No puedo decirle más, pero, si no fuese porque me pagan tan bien, no pondría los pies en aquel local por nada del mundo.



Laghell se incorporó y señaló la botella.

—Termínela usted, Zellus —sonrió.

—Se olvida las copas —exclamó el chatarrero.

—Es cierto... Una pregunta más —dijo el joven.

—¿Si, capitán?

—¿Fue el director comercial quien vino a recuperar las varillas? ¿O el ejecutivo?

—El primero, desde luego.

—Y entonces, vio a Aura...

—Esa chica no servia para nada. Es una soñadora impenitente; se pasaba las horas mirando las nubes, los árboles, las flores...

«Y. por si fuese poco, no quería meterse en tu cama», pensó Laghell, mientras, contemplando el árido paisaje circundante, comprendía que Aura echase de menos el cielo azul, las nubes blancas, los árboles y las flores.

Minutos más tarde, abandonaba la chatarrería. El viaje no había resultado inútil. Además de haber obtenido ciertos informes de notable interés, regresaba con media docena de copas de gran valor.

Pero, en lugar de volver a su casa directamente, se fue a visitar a un conocido suyo, experto en metales, a quien enseñó las varillas que le había entregado el chatarrero.

El dictamen del experto resultó sorprendente.

—Son varillas tensores para articulaciones de extremidades en robots con figura humana. Y todavía te diré más capitán: es un metal que solamente se fabrica en K'Phwon, acero k'phwonita, si prefieres denominarlo así y, lógicamente, de fórmula secreta.

—¿Qué propiedades tiene ese acero? —preguntó Laghell.

—Cuatro veces superior al terrestre en todos los aspectos, con eso está dicho todo. Resistente a la tracción, a los impactos... Algo imposible de encontrar en los mercados ordinarios.

—¿No lo exporta K'Phwon? Podrían ganar verdaderas fortunas...

El experto se echó a reír.

—Es sólo para uso propio. Advertencia: la fórmula es absolutamente incopiable.

—Precavidos, ¿eh?

—No, simplemente, una maravilla de la técnica k'phwonita, que nosotros, tanto los tikhdorianos como los terrestres, no hemos logrado fabricar.

Laghell se despidió de su amigo y regresó a su casa, sumamente preocupado por el giro que estaban tomando las cosas. Todavía tenía que hablar con Malavay, pero lo dejó para mejor ocasión.

La petición de Lena, en ocasiones, le parecía ridícula. ¿Cómo iba a convencer él a un antiguo amigo que se comportase más apasionadamente con su esposa?

—Ni que fuese un alcahuete profesional —refunfuñó.

Pero lo haría se dijo finalmente, con un suspiro de resignación.

Y por si fuese poco, estaba el problema de los precios increíblemente bajos que querían pagarle los k'phwonitas por sus mercancías...

«Tikhdor marcha a la deriva», se dijo, melancólicamente, mientras abría la puerta de la casa, para encontrarse con una nueva sorpresa en aquel día tan cargado de sucesos harto chocantes.

Aura le recibió con la mejor de sus sonrisas y él le entregó la caja que contenía las copas.

—Ten cuidado, son muy valiosas — dijo al enseñárselas.

—Faltan seis —exclamó la chica.

—Un idiota tiró once, porque se le había roto una y Rimmo se ha quedado con las cinco restantes —sonrió Laghell

—Le habrá dicho algo interesante, supongo Laghell miró fijamente a la chica

—Aura, un día tendrás que contarme, minuto a minuto lo que viste durante tu estancia en la tienda —dijo.

—Sí, señor, cuando usted quiera... Por cierto, han traído una carta para usted.

Estaba sobre una consola situada junto a la entrada y la

muchacha se la dio. Laghell frunció el ceño al observar que tenía como membrete el historiado sello del Consulado General.

Nerviosamente, rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla que desdobló en el acto.

Estupefacto, leyó:

El cónsul general de K'Phwon en Tikhdor saluda al capitán Kevin Laghell y le hace saber lo siguiente:

En virtud de la potestad que me confiere el tratado firmado con el gobierno de la Tierra, queda decomisado el cargamento de su nave, cuyo importe será abonado a los precios fijados por la Agencia Central de Comercio.

Dado en Tikhdor Capital, a 23 de febrero de 2719.

Firmado:

Sphylla Torb

Cónsul general

CAPITULO VI

Ciego por la cólera, Laghell apartó de un empellón al centinela, abrió la puerta de un puntapié y avanzó por el jardín hasta la estancia encristalada en la que una vez había cenado con Sphylla. Al llegar allí, hizo correr uno de los mamparos y avanzó un par de pasos.

Sphylla se hallaba sentada sobre una butaca, con el pecho desnudo y el regazo cubierto por una sábana. A Laghell no le impresionó en absoluto el atractivo aspecto de la mujer, cuya hermosura superaba a cuanto había visto hasta entonces. Plantándose frente a ella, blandió la carta que había recibido momentos antes.

—¿Quieres decirme qué significa esto? —vociferó, fuera de sí—, ¿Es que acaso crees que los tikhdorianos somos tontos? ¿Piensas que voy a permitir que mi cargamento sea pagado a un precio ridículo?

—Kevin, si me permites unos momentos... Ahora no puedo atenderte...

La voz de Sphylla tenía ciertos tonos extraños. Además, articulaba las palabras con gran lentitud, pero el joven no estaba para fijarse en minucias y agitó el puño delante del rostro de la mujer.

—Llegaste a pensar que, por haberme permitido disfrutar de tus encantos, podrías conseguir de mi todo cuanto se te antoj...

Laghell no pudo continuar. Algo pareció estallar dentro de su cabeza y creyó ver un millón de lucecitas que, sin embargo, se apagaron con sorprendente rapidez en una noche ausente por completo de sonido.

Despertó mucho más tarde, con un horrible dolor de cabeza, recostado en un diván y notando junto a si el cálido contacto de un pecho femenino.

—Pobrecito... —dijo Sphylla con voz afligida—. Cuánto siento lo que te ha ocurrido... Tienes que disculpar el exceso de celo de uno de mis guardias... El pobre creyó que ibas a causarme algún daño... Pero tú no me harías a mí nunca nada malo, ¿verdad?

La voz de Sphylla sonaba ahora melosa, acariciadora, pero sus excusas no conseguían apagar el mal humor de Laghell. Este, resignado, la dejó que hablase unos momentos, hasta que empezó a sentirse mejor.

Entonces, bruscamente, la apartó a un lado y se puso en pie.

—Tú y yo hemos terminado ya —dijo—. Has hecho algo que no

puedo consentir...

—Pero, querido, es la ley. Yo no puedo ir contra la ley, aunque, en ocasiones, haga la vista gorda, como cuando acepté tu apelación contra los impuestos. La ley actual dice que toda mercancía importada ha de ser vendida a la Agencia Central Comercial, quien tiene la exclusiva de fijación de los precios. Lo siento mucho, repito, pero ello no debe suponer un obstáculo entre ambos.

—Un obstáculo — repitió Laghell con risa sarcástica—. Un muro de un millón de kilómetros de altura, querrás decir. Bien, puesto que no tengo modo de luchar contra lo inevitable, al menos ya sé lo que tengo que hacer. Todavía soy un hombre libre, Sphylla.

Ella le tendió una mano, suplicante, pero Laghell la apartó desdeñosamente y caminó con paso cada vez más firme en busca de la salida. Cuando abandonó la residencia, ya sabía adónde tenía que dirigirse.

Aktim, su segundo, estaba retozando con Shelena. Los dos le miraron inquietos, al captar la expresión de furia que aparecía en el rostro del joven.

—Malas noticias, jefe —dijo Aktim.

—Pésimas —Respondió Laghell—. Shelena, ¿qué dicen las autoridades municipales de la actual situación?

Ella se encogió de hombros.

—Se resignan. ¿Qué otra cosa pueden hacer?

—Me gustaría saber quién es el bastardo que propuso la firma de ese tratado con K'Phwon —dijo el joven ceñudamente—. De todos modos, esto no iba a arreglar las cosas. Aktim, quiero que vengas conmigo.

El segundo se levantó instantáneamente.

—Sí, capitán.

—Ya sabes cómo está la situación —dijo el joven, quien ya había comentado con Aktim por videófono las cosas que le estaban sucediendo—. Puede que no te guste lo que voy a proponerte, y estarás en tu derecho al negarte a ayudarme, pero, al menos, quiero que conozcas mis proyectos.

Un minuto más tarde, Aktim asentía con vigorosos movimientos

de cabeza.

—Completamente de acuerdo con usted, capitán —respondió.

Al salir, se volvió hacia Shelena.

—Espérame, aunque sea acostada —dijo.

—No es mala idea —rió la mujer—. Suerte a los dos —les deseó.

La nave seguía custodiada por un nutrido pelotón de soldados, al mando de un oficial. Laghell, seguido de su ayudante, avanzó firmemente hacia la escotilla de acceso.

—Capitán, ya sabe que no puede sacar nada sin permiso —le recordó el k'phwonita.

—Pero no hay ley que me impida entrar en mi propia nave —alegó Laghell.

El oficial hizo un gesto amistoso.

—Por favor...

Laghell y Aktim entraron en la nave. Cinco minutos después, la escotilla se cerró bruscamente y el aparato despegó hacia las alturas. A mil metros, un bote salvavidas se separó de la estructura principal y emprendió el descenso a tierra. La astronave aceleró su marcha, hasta perderse de vista en la negrura de la noche en contados segundos.

Los k'phwonitas corrieron presurosos hacia el bote salvavidas, que se disponía a aterrizar. Cuando sus ocupantes saltaron al exterior, el oficial se acercó a Laghell malhumoradamente.

—Voy a arrestarle, capitán —anunció—. Ha quebrantado usted la ley...

—¿Qué ley? —rió el joven—. Nadie me comunicó absolutamente que el despegue de mi nave estuviese prohibido. No hay ninguna ley que me impida lanzar mi nave en órbita hacia la estrella que es el sol de este sistema, en donde arderá con todo su cargamento. —Los ojos de Laghell despidieron chispas de furia—. Y, sinceramente, prefiero quemar mi nave y mis mercancías, antes de malvendérselas a ustedes. ¿Vamos. Aktim?

El oficial se quedó con la boca abierta. Laghell cerró de una patada la compuerta del bote salvavidas.

—Se lo regalo —añadió como despedida.

El puño del k'phwonita se agitó coléricamente.

—¡Lo pagara caro, capitán! ¡Informaré al coronel Fiidoz…!

Laghell no le hizo caso. Aktim se volvió y le sacó la lengua.

Luego simuló limpiarse las manos de polvo.

—Asunto resuelto, capitán —dijo, satisfecho.

Laghell permaneció silencioso. Había solucionado, creía, un problema, pero ahora le quedaba otro pendiente: la entrevista con Malavay.

Sin embargo, era ya demasiado tarde.

—Mañana iré a verle —decidió finalmente.

* * *

Zellus Rimmo en su viejo automóvil, movido por baterías solares, los dos cajones de desperdicios procedentes de la tienda k'phwonita. recibió los cincuenta «garants» habituales y emprendió el camino de regreso a su vivienda.

Al llegar allí, y por medio de una pequeña grúa, descargó los cajones y levantó las tapas, para extraer el contenido. Con ayuda de la misma grúa, volcó el primer cajón en un espacio relativamente despejado y entonces, al esparcirse los desperdicios, vio rodar algo que le puso los cabellos de punta.

Durante unos momentos, permaneció en el mismo sitia temblando como un azogado, de los pies, a la cabeza. Luego, aterrado, huyó a la cabaña y buscó una botella.

El alcohol le tranquilizó en parte. Rimmo pensó en lo que más le convenía y, al fin llegó a una decisión.

Aunque no lo usaba demasiado, disponía de un videófono. Marcó el número de Laghell y esperó ansiosamente unos segundos. Sin embargo, no fue el rostro de Laghell el que apareció en la pantalla, sino el de Aura.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Rimmo casi histéricamente.

—No lo sé — respondió la chica—. Ha salido, pero no me dijo adónde pensaba ir ni lo que iba a hacer. Si tiene que darme algún recado, lo grabaré y…

Las últimas palabras de Aura hicieron concebir a Rimmo una idea que estimó acertada.

—Aguarda un momento —pidió—. Voy a enseñarte algo y le proyectas la grabación cuando regrese. Yo tengo que marcharme con urgencia y no puedo esperar su vuelta, ¿entendido?

—Sí, por supuesto.

Rimmo desapareció un momento de la pantalla Aura se dio cuenta de que su videófono estaba orientado de modo que podía ver el exterior de la cabaña a través de la puerta. Un gesto de asco apareció en su rostro al contemplar el estercolero en que había vivido durante tantos años y al que no pensaba volver en el resto de sus días.

Rimmo volvió a poco con un objeto en las manos. Aura lanzó un chillido de terror al ver la cabeza humana que el chatarrero sostenía frente a su videófono

—Chica, cuando vuelva el capitán, dile que he encontrado esto en uno de los cajones de desperdicios que traje hoy de la tienda K'phwonita. La dejaré aquí, debajo del piso de tablas, y él que venga a recogerla si quiere o que avise a la policía. Yo me largo ahora mismo; tengo un pánico espantoso y… Aura dejó de prestar atención a las palabras del chatarrero, porque estaba contemplando algo horripilante.

Podía verlo perfectamente a través de la puerta que Rimmo no había cerrado en ningún momento. Un aeromóvil sobrevolaba lentamente aquel estercolero y lanzaba algo que casi era invisible, pero que destruía instantáneamente cuanto tocaba.

Parecía un rayo de fuego blanco, frío, pero terriblemente devastador. Al llegar al suelo, todo lo que caía dentro de su radio de acción se volatilizaba en el acto, sin apenas humo, disgregado de forma instantánea por la singular potencia de aquella extraña energía, desconocida hasta entonces por la muchacha.

Rimmo se dio cuenta de que algo le sucedía a Aura y lanzó una gruesa interjección.

—¡Por todos los diablos, estúpida! No estás prestando atención a lo que te digo…

Aura contestó con un chillido. El fuego blanco se acercaba a la cabaña.

—¡Huya! ¡Escape inmediatamente! —gritó, con todas las fuerzas

de sus pulmones.

Rimmo se volvió y entonces se dio cuenta de lo que sucedía. La cabeza escapó de sus manos, repentinamente sin fuerza.

—¡Escape! ¡Márchese! —insistió Aura.

El chatarrero pareció salir de su estupefacción y se lanzó a través de la puerta abierta, sólo para darse de bruces contra aquel rayo que descendía de las alturas. Aura temblaba como hoja azotada por el viento.

El cuerpo de Rimmo se hizo transparente un segundo para desaparecer acto seguido con enorme rapidez. Luego, aquella columna de fuego blanco se acercó a la cabaña. Aura vió desaparecer la puerta y la pared y luego, las imágenes se cortaron, lo que le dijo que también el videófono había sido alcanzado por aquella extraña descarga, cuyo origen desconocía por completo.

* * *

—¡Por todos los diablos! Te digo una vez más, Kevin, que no me sucede nada en absoluto. Todo son figuraciones de mi esposa, puedes creerme.

Laghell contempló fijamente a su amigo y ex socio, Tark Malavay, un hombre todavía apuesto, robusto, de pelo entrecano y apariencia enérgica y resuelta. Por un instante, abrigó la disparatada idea de que era otro hombre el que tenía frente a sí, pero la desechó apenas concebida.

—Lo siento —dijo—. No quería enojarte, pero Lena fue a verme…

Malavay emitió un bufido.

—Está en una edad critica —rezongó—. No ha tenido hijos y ya se acerca a la madurez. En cuanto las mujeres alcanzan cierta edad, cambian, aunque no quieran. ¿Qué diablos espera de mí? Ya tengo sesenta años temporales, aunque mi cuerpo es el de un hombre de cuarenta y cinco años. Pero a estas alturas, el fuego de la pasión se ha atenuado considerablemente. No se ha apagado, por supuesto, pero, si me permites la metáfora, te diré que es un rescoldo que no se extingue en ningún momento, aunque no calienta tanto como veinticinco años atrás. Tú me entiendes, ¿verdad?

Laghell hizo un gesto de asentimiento.

—Bien, celebro que no sea nada…

—Y —Malavay le apuntó con el índice—, de una cosa puedes estar seguro, Kevin: no le he sido ni le soy infiel a mi mujer. ¿Está claro?

—Si tu lo dices...

—Es la pura verdad. Y ahora, ¿qué tal si cambiamos de tema y hablamos de otras cosa? ¿Cómo van tus negocios?

—¿Y los tuyos. Tark? — sonrió el joven.

Malavay hizo una mueca.

—Con los impuestos que nos han caído encima, no ganaremos demasiado, ésa es la verdad — respondió.

—Los impuestos —repitió Laghell, preocupado—. Tenemos un gobierno en Tikhdor. ¿Por qué permite que sean unos extranjeros quienes dicten leyes a su antojo? Tark, ¿qué ha pasado aquí en los dos años de mi ausencia?

—No podría definírtelo con exactitud. Nadie lo sabe muy bien, pero el caso es que un día llegaron los K'phwonitas, se instalaron aquí y luego el gobierno comunicó que les traspasaba ciertos poderes, de acuerdo con el tratado que había firmado con la Tierra.

—Y no hubo nadie que se resistiese.

—En los primeros momentos, nadie le concedió la menor importancia a la cosa. Además, aquí hemos sido siempre gente muy pacífica. Tikhdor tiene una cosa buena y es que carece en absoluto de tradición bélica. A nadie se le ocurrió empuñar las armas para expulsar a los extranjeros... y, aunque hubiese sucedido así. ¿dónde están las armas? ¿Y los soldados? ¿Y los campos de entrenamiento?

Laghell hizo una mueca.

—Me parece que hemos adoptado la actitud de los borregos — dijo.

—Si se pudiera hacer algo... —suspiró Malavay— Por otra parte, no se está tan mal, me parece.

—Depende de los puntos de vista, Tark —respondió Laghell críticamente.

—Tú enviaste la nave al espacio, antes que acceder a las pretensiones de los k'phwonitas.

—Es algo que repetiría mil veces, si fuese necesario. Tark tú no te has movido de Tikhdor. Yo he viajado mucho, he visto mundo y tengo ciertas ideas acerca de lo que es la libertad y la paz. Y, a veces, es preciso luchar para conservar ambas cosas.

—¿Piensas pelear, Kevin? —preguntó Malavay.

—Ya he empezado, Tark —respondió.

CAPITULO VII

Había empezado, se dijo, pero no sabía cómo continuar ni qué hacer en el futuro que, con notorio pesimismo, adivinaba cubierto de negros nubarrones.

Terriblemente desalentado, llegó a su casa. Su sorpresa fue enorme al ver a Aura hecha un mar de lágrimas.

—Muchacha, ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Te ha sucedido algo malo? —inquirió, extrañado por la aflicción de Aura.

Ella no podía pronunciar una sola palabra y se limitó a señalar el videófono. Laghell se acercó al aparato, pero se quedó dubitativo sin saber qué partido tomar.

—¿Me ha llamado alguien?

—Hay... una grabación... Reproduzca... Rimmo.. ha muerto de... de una forma horrible...

Laghell frunció el ceño y presionó la tecla adecuada. La voz del chatarrero surgió inmediatamente por el altoparlante del videófono.

Durante unos momentos, permaneció extático, contemplando las imágenes que aparecían sucesivamente en la pantalla. Cuando vio la cabeza que Rimmo sostenía en sus manos, lanzó un grito:

—¡No, eso es imposible!

—Le juro que Rimmo no bromeaba... Estaba aterrado... —dijo Aura, que empezaba a recobrarse gradualmente del «shock» emocional sufrido.

Laghell siguió frente a la pantalla hasta que concluyó la grabación. Entonces, terriblemente desconcertado se volvió hacia la chica.

—¿Cuánto tiempo hace que te llamó el chatarrero?

—Veinte minutos, no más... Media hora, no, desde luego.

—Entonces, no poda ser él

—¿A quién se refiere, señor?

—A Tark Malavay, por supuesto, ahora vengo de conversar con él... Pero, ¿por qué diablos tuvo que ir a parar un duplicado de su cabeza al vertedero? —Entonces, ¿ese hombre está vivo?

—¡Claro que si! ¿No te digo que vengo de su casa y que no he tardado ni media hora en regresar? Pero aguarda un momento y lo verás.

Laghell cambió el sistema y llamó a su amigo. El rostro de Malavay apareció momentos después en la pantalla y mostró su extrañeza por una llamada inesperada.

—¿Olvidaste algo, Kevin?

Aura lanzó un chillido. Malavay respingó.

—¡Kevin! ¿Quién ha gritado? — preguntó.

—No te preocupes... Mi sirvienta... Había visto una araña y se asustó... Te llamaré más tarde, Tark. Saludos a tu mujer.

Laghell cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Cómo puedes comprender, está vivo —dijo.

—Si, pero, entonces, ¿quién fabricó su cabeza?

—No lo sé. no tengo la menor idea.

Laghell empezó a pasearse por la estancia, mientras Aura le contemplaba con silenciosa expectación. De pronto, él se detuvo y miró fijamente a Aura.

—Voy a salir —anunció—. Quiero investigar personalmente en la chatarrería...

Aura había estado sentada hasta aquel momento y se puso vivamente en pie.

—¿Me permite que le acompañe, señor?

—Bueno, si tienes ese gusto... Pero no verás nada interesante...

—He vivido allí durante veintiún años —alego ella—. Puedo resultarle útil, señor.

—Está bien, Aura —accedió él—. Pero antes, permíteme...

Laghell se acercó al videófono y marcó una cifra. A los pocos momentos, apareció un hombre desnudo, tendido en una cama, aunque cubierto hasta la mitad del cuerpo por una sábana.

—Aktim, parece que te he sorprendido en una postura poco grata —sonrió el joven.

—No tengo nada que hacer, jefe. Me estoy desquitando...

—Sí, ya lo veo, pero me parece que, por el momento, vas a tener que renunciar a las sabrosas caricias de Shelena. Toma tu aeromóvil y dirígete a la chatarrería, ya sabes dónde está.

—Sí, desde luego. ¿Pasa algo, capitán?

—Lo sabrás cuando llegues —fue la escueta respuesta del joven.

Laghell se volvió inmediatamente hacia la muchacha.

—¿Dispuesta, Aura?

—Si, señor, cuando usted lo ordene.

* * *

Con ojos de pasmo, Laghell contempló lo que hasta poco antes había sido un enorme vertedero y que ahora no era sino una lisa superficie, ligeramente brillante, en la que no quedaba el menor rastro de miles de objetos desechados por sus dueños.

La cabaña había desaparecido asimismo como si jamás hubiera sido construida.

—Un arrasamiento total —murmuró.

Todo rastro de vegetación había desapareció en un radio de varios cientos de metros. Sin embargo, notó algo que, a pesar de parecerle extraño, no hizo sino aumentar su confusión.

El suelo crujía ligeramente bajo sus pies, como si pisara una delgada capa de hielo que, no obstante, resistía perfectamente sus ochenta y cinco kilos de peso. Intrigado, se puso en cuclillas y tocó el suelo con la yema de los dedos primero, rascando después con las uñas.

Parecía vidrio de colar blanquecino, ligeramente brillante, pero sin dañar a la vista. Las uñas no conseguían rayar aquella superficie pero, de repente, golpeó con el puño y un trozo de aquella extraña sustancia se resquebrajó con seco chasquido.

Era una costra de unos dos centímetros de espesor, situada directamente sobre el suelo que había debajo, que sí aparecía ennegrecido. A través del agujero que Laghell había abierto con el puñetazo, se escapó un olor nada agradable.

Laghell decidió llevarse un fragmento de aquella desconocida sustancia vitrificada.

—Tengo un amigo, buen químico, y él analizará este material —explicó a la muchacha, que seguía atentamente el menor de sus movimientos.

Aktim llegó en aquel momento y, al desembarcar, miró estupefacto en todas direcciones.

—Capitán, si no fuera porque les he visto a usted y a la chica, dina que me he equivocado de objetivo —manifestó.

—No te has equivocado. Aktim —contestó el joven, a la vez que le entregaba el fragmento de materia recogido momentos antes—, ¿Conoces al doctor Warry Perkshoff?

—Si, por supuesto...

—Es buen amigo mío. Llévale este pedazo de sabe Dios qué y pídele que lo analice y me envíe un informe lo más rápidamente posible. Con gastos a mi cuenta, por supuesto.

—Está bien, así lo haré, pero, antes, ¿quiere explicarme qué es lo que ha causado esta devastación? Tenía entendido que aquí había una chatarrería, rebosante de desperdicios...

—Luego veras en mi casa una grabación. Pero por el momento, puedo adelantarte que esto fue hecho por los k'phwonitas.

—¡Mil rayos...!

—No, con un solo rayo —sonrió Laghell—, Un rayo de naturaleza desconocida, pero terriblemente destructor.

—Tiene que ser algo por el estilo, jefe. Jamás había visto nada semejante —declaró el segundo, sinceramente asombrado.

—Ni siquiera de la cabaña ha quedado el menor rastro —añadió el joven.

—Estaba allí —indicó Aura, señalando con la mano una leve protuberancia del terreno, que apenas si se alzaba media docena de metros sobre el nivel general de la explanada.

Laghell echó a andar inmediatamente en aquella dirección. Cuando llegaba al lugar señalado por la muchacha, sintió que el suelo crujía alarmantemente bajo sus pies y dio un salto hacia atrás.

En cierto modo, era un poco tarde. La cubierta petrificada había cedido en un espacio de un metro cuadrado, aproximadamente, dejando a la vista un negro y apestoso hueco, en cuyo fondo, sin embargo, se veía intacto un pequeño cuaderno con tapas negras.

Laghell, profundamente intrigado, se acuclilló frente al agujero y tanteó con las manos. Durante unos segundos, permaneció en silencio sumido en sus meditaciones, mientras Aura y Aktim le contemplaban expectantes.

—El rayo —dijo Laghell por fin—, disgrega y volatiliza instantáneamente cuanto toca. Debe de alcanzar una temperatura elevadísima. pero sólo durante un tiempo muy corto. Lo que hay debajo se carboniza, pero los efectos del rayo no alcanzan sino a una profundidad muy escasa. Una prueba de lo que digo es este agujero. Aquí había un suelo de tablas, que sólo se quemaron en parte, es decir, la mitad de su grosor, contando desde la superficie que ordinariamente servía como pavimento. Por eso cedieron bajo mi peso...

—Y Rimmo escondía ahí algo —manifestó Aktim—. Veo un cuaderno que debe de contener cosas muy interesantes.

—¿Qué sabes tú sobre el particular, Aura?

—A veces, Rimmo anotaba algo en esa libreta, pero nunca pude ver una de sus páginas —contestó la interpelada—. Ni siquiera supe que la escondía bajo el suelo.

—Rimmo era de esa clase de tipos que viven miserablemente, pero que luego resultan ser muy ricos —apuntó el segundo—. Seguramente, ahí anotaba sus ingresos...

—Es posible, pero aunque sólo sea una libreta de ingresos y gastos, las anotaciones pueden proporcionarnos datos muy valiosos —dijo Laghell, a la vez que se apoderaba del cuaderno—. De todas formas, la leeré en casa con más tranquilidad. Aktim, no te olvides de llevar ese trozo de material a doctor Perkshoff.

—Descuide, ahora mismo iré, jefe.

Aktim se marchó. Laghell y Aura quedaron solos.

—Tenemos que regresar a casa —dijo él.

—Sí, cuando usted lo diga.

Laghell asió suavemente el brazo Je la muchacha.

—En Tikhdor están sucediendo cosas muy raras, que jamás habían pasado antes, y todo ello proviene de la llegada de los k'phwonitas —dijo, mientras caminaban hacia el aeromóvil—. Pero, ¿cuáles son sus propósitos? ¿Qué es lo que esperan conseguir aquí?

—Usted es muy amigo de la cónsul general. ¿Por qué no se lo pregunta a ella directamente?

—No soy tan amigo como te imaginas. Aura. Yo diría todo lo contrario..., pero sí, es una buena idea. Iré a verla en cuanto me sea posible, le lo prometo —respondió Laghell, a la vez que pensaba en que Sphylla no se iba a mostrar precisamente muy comunicativa acerca de los proyectos de K'Phwon con respecto al planeta en que vivían.

* * *

La libreta de Rimmo no estaba destinada a la anotación de ingresos y gastos, sino que contenía apuntes de una naturaleza muy distinta y absolutamente inesperada.

Era algo increíble y se preguntó por qué Rimmo había callado durante tanto tiempo, aunque quizá fuese posible que intentase algún día extorsionar a alguien situado en un elevado puesto.

Pero el hallazgo de la cabeza de un hombre, vivo, aunque, él lo ignoraba, había sido una especie de detonante que le había llevado a comunicar lo sucedido.

Las fechas de las anotaciones eran muy irregulares y Rimmo había empezado a llevar la libreta cosa de año y medio antes. Había intervalos de pocos días y otros de hasta dos meses entre cada anotación. Algunas de dichas anotaciones decían:

> «Día 25. Fragmento de un brazo, izquierdo, parece, de unos tres centímetros de grueso por doce de longitud.
>
> »Día 14. Un dedo índice...
>
> »Día 8. Uña de pulgar, con algo de sustancia adherida...
>
> »Día 31. Un ojo, con pupila azul...
>
> »Día 22. Parte inferior, la mitad, aproximadamente, de una oreja izquierda, con agujero para los pendientes.»

Laghell cerró la libreta.

No quería seguir leyendo más. Sentía náuseas.

Y todos aquellos restos humanos, incluida la cabeza, procedían de la tienda de productos k'phwonitas.

¿Qué horribles cosas sucedían en aquel antro?

«Tendré que averiguarlo, cueste lo que cueste», se dijo, en el preciso instante en que Aura entraba en la sala.

—Señor...

Laghell alzó la vista. Había preocupación en el rostro de la muchacha, advirtió de inmediato

—¿Sucede algo? — preguntó.

—Tiene una visita, señor El coronel Fiidoz dice que se trata de algo muy urgente.

Laghell frunció el ceño. Aunque por cortesía no iba a negarse a recibir a su visitante, cierto oscuro instinto le hizo presentir que la llegada de Fiidoz no podía presagiar nada bueno.

—Está bien, hazle pasar —accedió finalmente.

Fiidoz entro, juntó los talones secamente e inclinó la cabeza.

Capitán, su excelencia la cónsul general me ha comisionado para que le entregue un documento de interdicto total sobre todos sus bienes y mercancías, a excepción de su residencia personal, pero también incluidas sus cuentas bancarias —anunció rígidamente—. La venta, en pública subasta, del todos sus bienes, cubría el importe de los daños causados por la destrucción de su nave y el cargamento almacenado en ella.

Fiidoz habló de un tirón, sin tomarse apenas espacio para respirar. Al concluir su parlamento, entregó un sobre al joven, dio otro taconazo, movió la cabeza, giró en redondo y se marchó sin añadir una palabra más.

CAPITULO VIII

Los ojos de Aura estaban llenos de lágrimas.

—Oh, capitán, ¿qué va a hacer ahora? Se quedará arruinado... Ellos se llevan todo cuanto usted consiguió en muchos años de trabajo... ¿No va a rebelarse contra semejante injusticia?

Había fuego en la mirada del joven.

—Por supuesto, no voy a permanecer mano sobre mano, mientras otros se «forran» a mi costa. Pero ahora, más que nunca, es preciso actuar con inteligencia. Incluso diría que astucia, sobre todo —contestó.

—¿Piensa hacer algo, señor?

Laghell volvió el rostro hacia la muchacha y sonrió.

—Lo primero de todo, darte una orden —dijo.

—Sí, señor, lo que usted diga...

—Deja de tratarme como si fuese un rey. Mi nombre es Kevin y no quiero otro tratamiento, ¿entendido?

—Sí, señor.... digo, si, Kevin. ¿Qué más?

—Tengo hambre.

Aura le miró sorprendida, pero luego se echó a reír.

—¿Quién dijo eso de «A mal tiempo...»?

—«Tripa llena» —completó Laghell el refrán con una frase propia.

—Ahora mismo te prepararé la comida —dijo Aura, a la vez que echaba a correr.

Más tarde, Laghell, que había decidido tomárselo con filosofía, aunque no pensaba renunciar en absoluto a luchar por algo que le pertenecía legítimamente, dijo que se disponía a emprender la campaña por el rescate de lo que unos desaprensivos le habían arrebatado.

—Lo primero que vamos a hacer es cuidar de la seguridad de la agenda de Rimmo —dijo—. Yo tengo un videófono en mi dormitorio. Ve allí, ponlo en «grabación» y espera a que yo te indique hemos terminado. ¿Entendido?

—Si, Kevin.

Aura se marchó y Laghell puso en funcionamiento el videófono de la sala. Luego empezó a pasar las hojas de la agenda por delante del objetivo, hasta grabar todas las anotaciones realizadas por Rimmo

—¿Y ahora? —preguntó ella, al terminar la operación.

—Guardaré la libreta en lugar seguro. Sacaré otra copia de la cinta y... Aura, tú viviste una temporada en el interior de la tienda k'phwonita. ¿Conoces bien su topografía?

—Sí, aunque hay algunos lugares en los que no he entrado jamás. El comedor...

—Eso ya lo dijiste. ¿En dónde más te prohibían entrada?

—En el sótano. Nunca estuve allí.

— Pero conoces el camino.

—Creo que si. No estoy segura, porque, cada vez que alguno de ellos iba a descender allí, me enviaban a otra parte. Muchas veces, bajaban con un cliente... Supongo que para enseñarle el muestrario de los objetos k'phwonitas...

—Ese sótano debe ser una especie de cuarto de Barba Azul —dijo Laghell entre dientes—, Pero ¿por qué diablos te tenían allí?

Aura se encogió de hombros.

—Me compraron, eso es todo. Y creo que, a veces me narcotizaban, sobre todo por las noches, aunque ignoro con qué objeto.

—Quizá querían abusar de ti —supuso Laghell, indignado.

—No eso no. Nunca noté nada extraño en mi cuerpo y tampoco estoy segura de que me narcotizasen. Sólo sé que en algunas ocasiones dormía muy profundamente, pero, sin embargo, sufría extrañas pesadillas

—¿Sueños malignos?

—No sé cómo definirlo. Yo me veía reflejada en un espejo, de cuerpo entero... —Aura se ruborizó, pero, a pesar de todo, continuó hablando—: Desnuda... y sola.

—Menos mal —sonrió Laghell—, ¿Qué más?

—Luego me ocurría algo raro. Yo me veía deshacerme... como si me derritiese... Era una sensación espantosa y entonces, me despertaba, empapada en sudor...

—Es lógico. ¿Ocurría eso a menudo?

Aura hizo un gesto vago.

—Yo diría que una vez por semana. Recuerdo, sí, que me resistía a tener aquel extraño sueño, pero una fuerza superior a mí me impulsaba a verme en aquella situación. Eso es todo lo que sé, Kevin.

—Bien, en su momento, haremos una incursión en la tienda k'phwonita —dijo él resueltamente—. Ahora, vamos a dar el primer paso. No te pongas delante de la cámara del videófono; no quiero que te vean. Aunque tampoco hace falta que te marches de la sala.

Laghell dio el contacto, marcó una cifra determinada y esperó a que apareciese en la pantalla el impersonal rostro de un sujeto al que no había visto en su vida.

—Soy el capitán Laghell. Haga el favor de ponerme inmediatamente en comunicación con su excelencia la cónsul general —dijo con firme acento.

* * *

Sphylla se hizo visible momentos más tarde y, aunque sonreía cortés, Laghell apreció en ella cierta expresión de displicencia y desinterés que no le indujo precisamente a sentirse optimista,

—¿Puedo servirte en algo, querido? —dijo la cónsul.

—He recibido una comunicación tuya. Se me ha expropiado de todo cuanto poseo, a excepción de mi residencia privada. ¿En qué ley te has apoyado para dictar ese decreto? ¿Quién te ha conferido autoridad sobre mis propiedades?

Sphylla se atusó los cabellos con estudiada negligencia.

—Tendrás que estudiar más a fondo el tratado con la Tierra —respondió—. Por otra parte, no soy enteramente responsable... Quiero decir que lo soy, como máxima autoridad de Tikhdor, pero mis consejeros juzgaron prudente tomar esa medida y yo la sancioné con mi firma.

Laghell se sentía estupefacto.

—Pero ¿quién diablos te ha otorgado una autoridad que yo me niego a reconocer? ¿Has sido elegida, acaso, en unas elecciones? ¿Te consideramos nosotros, los tikhdoritas, como nuestro jefe de Estado planetario? —exclamó el joven sin poder contenerse.

—Querido, una vez más recurro a mencionarte el tratado con la Tierra. Todo cuanto te sucede está contenido en ese acuerdo establecido entre dos gobiernos soberanos.

—¡El de Tikhdor también lo es¡ — rugió Laghell.

—Temo que no has comprendido bien la situación, Kevin.

Tikhdor no fue jamás un planeta absolutamente independiente, al menos, en el sentido que se da a esa situación.

—Es cierto. Reconocíamos la autoridad suprema de la Tierra, pero teníamos plena libertad para establecer tratados con otros mundos, comerciar sin cortapisas, elegir a nuestros gobernantes...

—Y cada cinco años, una delegación tikhdorita viajaba a la Tierra para prestar sumisión y acatamiento a su presidente y pagar un pequeño tributo, en reconocimiento de su soberanía sobre vosotros. No miento, creo.

—Es cierto —admitió él de mala gana—. Pero, aún así, teníamos plena libertad, insisto.

—Porque, hasta el momento, el gobierno terrestre no había juzgado prudente ejercer su soberanía, como lo ha hecho al firmar el tratado con K'Phwon. Repito: todas las actuaciones respecto a ti y tus propiedades son perfectamente legales.

—Legales, un cuerno...

Sphylla se echó a reír

—Querido, no te lo tomes tan a pecho. Es cierto que, en apariencia, te hemos causado un gran prejuicio, pero a la larga, serás el más beneficiado de todos. Y hablando de otra cosa: ¿por qué no vienes a pasar la velada conmigo? Podríamos discutir ciertos aspectos de tus problemas, charlar sobre muchos temas... ¿No te seduce la idea, Kevin?

Laghell se sintió tentado de enviarla al diablo, pero logró contenerse diciéndose que no le convenía una ruptura total con Sphylla. Sí, debía aceptar la invitación y trataría de averiguar qué había en el fondo de aquella sorprendente decisión.

—Está bien —dijo al cabo, de mala gana—. Iré, pero no esta noche.

—Cuando gustes, querido. Mi casa estará siempre abierta para ti — repuso Sphylla

Laghell cortó la comunicación y miró de reojo a la muchacha.

—¿Qué te parece. Aura?

—Habla con ella, es el mejor procedimiento.

—¿Y si no consigo nada?

—Entonces, tendrás que actuar. No sé cómo, pero, en tu lugar, yo no me quedaría con los brazos cruzados.

—Eso se dice fácilmente, pero no lo es —suspiró Laghell—. Me gustaría sin embargo, saber qué sucede en la tienda de productos k'phwonitas.

—Habría que entrar en ella y no sería tan fácil —dijo Aura.

—De todas formas, lo intentaremos... —Kevin, creo que hay algo en lo que no te has fijado demasiado y me parecería conveniente que hicieras algo para averiguarlo.

—No sé a qué te refieres, Aura —dijo él, sorprendido. —Estoy hablando de la destrucción de la chatarrería. ¿Quién lo hizo? ¿De dónde salió el aeromóvil que abrasó todo cuanto había en aquel lugar?

Laghell chasqueó los dedos.

—Es cierto, lo había olvidado —exclamó—. Tendríamos que investigar y...

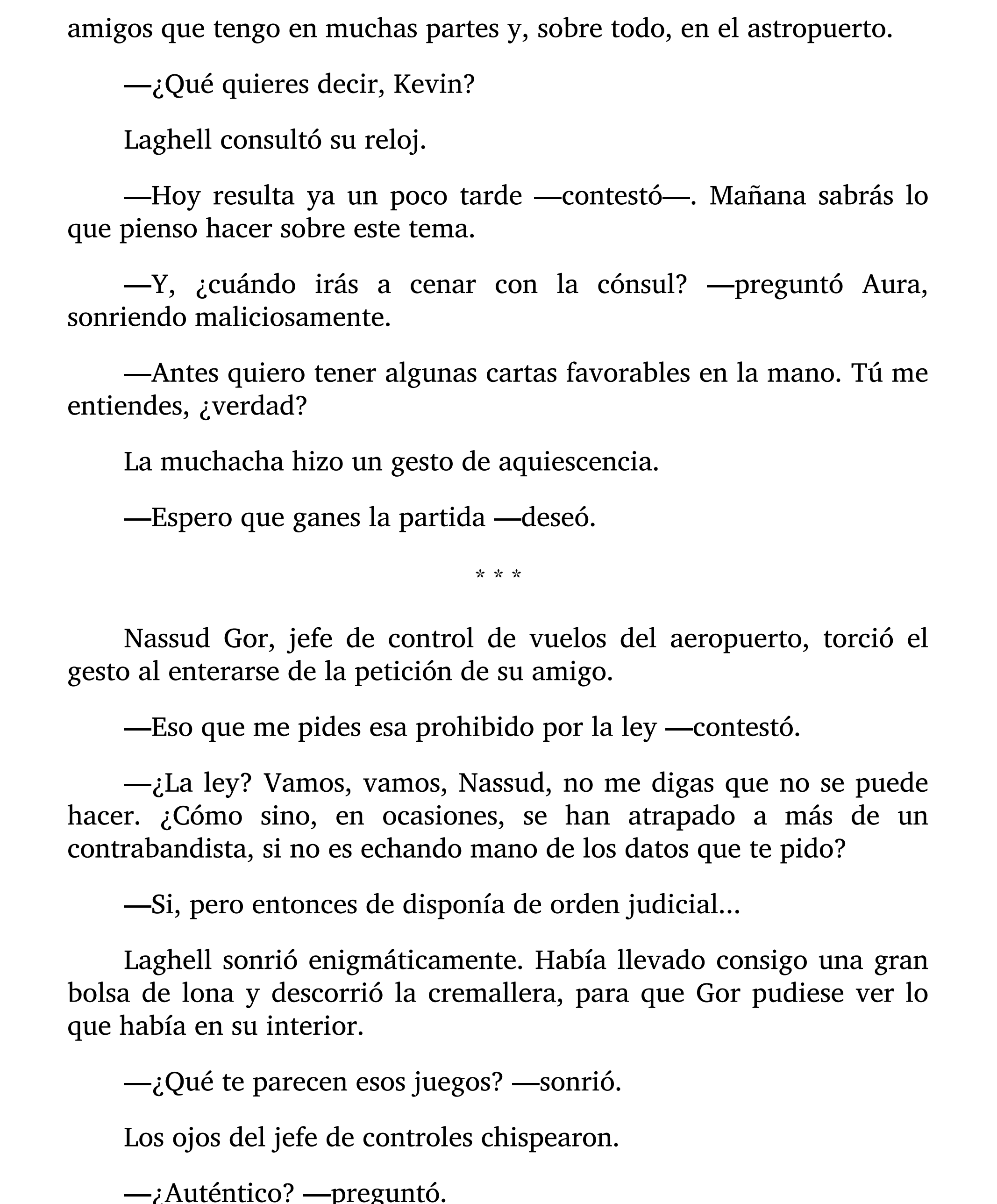
—Pero no será fácil —alegó la chica—. Este aparato llegó de no se sabe dónde y, terminada su mortífera tarea, se alejó con rumbo desconocido.

Los ojos del joven brillaron de un modo

—Hay un procedimiento para averiguarlo — dijo

—¿Si? —exclamó Aura, esperanzada.

—Podemos saber la hora exacta en que ese misterioso aparato inició su ataque, es un dato que está grabado en la cinta. Y si me han despojado de todos mis bienes, no me han quitado, en cambio, los



amigos que tengo en muchas partes y, sobre todo, en el astropuerto.

—¿Qué quieres decir, Kevin?

Laghell consultó su reloj.

—Hoy resulta ya un poco tarde —contestó—. Mañana sabrás lo que pienso hacer sobre este tema.

—Y, ¿cuándo irás a cenar con la cónsul? —preguntó Aura, sonriendo maliciosamente.

—Antes quiero tener algunas cartas favorables en la mano. Tú me entiendes, ¿verdad?

La muchacha hizo un gesto de aquiescencia.

—Espero que ganes la partida —deseó.

* * *

Nassud Gor, jefe de control de vuelos del aeropuerto, torció el gesto al enterarse de la petición de su amigo.

—Eso que me pides esa prohibido por la ley —contestó.

—¿La ley? Vamos, vamos, Nassud, no me digas que no se puede hacer. ¿Cómo sino, en ocasiones, se han atrapado a más de un contrabandista, si no es echando mano de los datos que te pido?

—Si, pero entonces de disponía de orden judicial...

Laghell sonrió enigmáticamente. Había llevado consigo una gran bolsa de lona y descorrió la cremallera, para que Gor pudiese ver lo que había en su interior.

—¿Qué te parecen esos juegos? —sonrió.

Los ojos del jefe de controles chispearon.

—¿Auténtico? —preguntó.

—Yo nunca bebo nada que no sea auténtico. Antes que tomar una copa de un vino o un licor sintetizado, prefiero beber agua.

Gor hizo un gesto con la mano

—Deja la bolsa debajo de la mesa —indicó.

—Muy bien —Laghell hizo lo que le pedía su amigo—. ¿Y ahora?

—Necesito la hora exacta y las coordenadas del lugar sobrevolado por el aparato que te interesa —dijo Gor.

Laghell había ido preparado para aquella petición y entregó los datos a su amigo. Gor se levantó, fue a un enorme cuadro de mandos y pulsó unas teclas, mientras su amigo aguardaba flemáticamente en el otro extremo de la sala de control.

Transcurrió un minuto. El ordenador analizaba los datos recibidos y procedía a la búsqueda de la respuesta adecuada a la consulta. De pronto, la pantalla se iluminó y empezaron a aparecer una serie de letras y cifras, a la vez que, por un costado, surgía una tira de papel con unos gráficos impresos en su superficie.

Sonó un ligero timbrazo. Gor dio por terminada la consulta.

—Bórrala —aconsejó Laghell.

Gor presionó la tecla de «Error». Luego dijo:

—La respuesta viene impresa en clave. Ahora la pasaré por la descodificadora.

La tira de papel fue introducida en otra máquina. A los pocos momentos, Gor entregó a Laghell otro papel.

—El vehículo por el que te interesas partió de un punto situado a sesenta y tres kilómetros quinientos treinta metros del lugar en donde estuvo detenido alrededor de quince minutos. Luego regresó al mismo sitio —dijo.

—¿Y la situación es...?

—Con respecto al punto central, esto es, el lugar donde permaneció detenido ese cuarto de hora, noventa y cuatro grados y doce minutos Este.

Laghell guardó el papel en un bolsillo.

—Es todo cuanto deseaba saber —dijo.

Aura le había acompañado aunque permaneciera silenciosa durante todo el rato. Al salir de la estación de control, Laghell la miró fijamente.

—Iré a ese lugar misterioso a la noche —

—Me permitirás acompañarte, supongo.

—¿De veras lo quieres?

—Sí, Kevin, quiero ir contigo —fue la decidida respuesta de la muchacha.

CAPITULO IX

El aeromóvil volaba con relativa lentitud y a una cota muy baja, prácticamente rozando el suelo, mientras la oscuridad se cernía a su alrededor. Se hallaban sobre unos parajes absolutamente deshabitados y Laghell, muy intrigado, se preguntó qué encontrarían en el lugar de donde había partido el aparato que había causado semejante devastación en la chatarrería.

Habiendo localizado el punto de donde había partido el aparato misterioso y juzgo prudente llegar desde otro rumbo, a fin de evitar una detección inconveniente. Apenas una hora después de la partida, avistaron una cadena de colinas bajas, boscosas, hacia la que se acercaron siguiendo una ruta aproximadamente paralela.

Laghell consultaba los controles constantemente. De pronto, lanzó una exclamación

—¡Aquí es!

El aparato perdió altura instantáneamente. Laghell lo situó tras un espeso bosquecillo y, sin entretenerse en absoluto, abrió la compuerta y saltó a tierra.

—No te olvides de bajar la visera de anteojos nocturnos —recomendó a la muchacha.

Las tinieblas eran totales, pero, para obviar el inconveniente de moverse en la oscuridad, Laghell se había provisto de sendos cascos, dotados de viseras con anteojos para visión de infrarrojos. Al calarse la visera, la noche desapareció inmediatamente ante sus pupilas.

—Veo perfectamente, Kevin —declaró la muchacha.

Laghell sacó la pistola que llevaba al cinto y comprobó su carga. Aura se estremeció al verle.

—¿Era necesario que vinieses armado? —preguntó, aprensiva.

—«Puede» ser necesario —contestó él—. De todas formas, he dejado el arma en posición de energía mínima.

—¿Y eso significa…?

—Las descargas no matan, pero paralizan durante horas.

—Parece ser que la has usado en otras ocasiones, ¿verdad?

Laghell sonrió.

—He traficado en mundos donde echarse a dormir siquiera diez minutos significa la muerte —respondió—. Nunca se sabe, Aura.

—De todos modos, no me gustaría que tuvieras que utilizar la pistola.

—Tampoco a mí, pero… ¿no recuerdas ya lo que le sucedió a Rimmo? No era un sujeto especialmente agradable; sin embargo, tenía derecho a vivir.

Aura asintió.

—Sí —dijo con un ligero suspiro—, tienes razón, Kevin.

Laghell asió suavemente el brazo de la muchacha.

—Dejemos las discusiones; estamos perdiendo el tiempo —murmuró.

Ahora tenía en la memoria las coordenadas del lugar de donde partiera el aparato que había destruido la chatarrería y sabía que se hallaban a menos de doscientos pasos. En completo silencio, sin tropezar con ningún obstáculo, merced a la visión que les proporcionaban los anteojos, caminaron durante unos minutos hasta que, de pronto, llegaron a una explanada herbosa, situada al pie de una alta loma de pendiente muy acusada.

La explanada estaba completamente rodeada de árboles que alcanzaban treinta y más metros de altura. Junto a la base de la loma, se paseaba un hombre armado.

El centinela vestía el uniforme de los k'phwonitas. Parecía bastante aburrido, aunque no daba la sensación de ser un hombre descuidado en su misión.

Laghell meneó la cabeza.

—Temo que no me va a quedar otro remedio que utilizar la pistola —dijo entre dientes.

Sacó el arma y apunó con todo cuidado. Cuando estuvo seguro de no errar el blanco, apretó el gatillo.

El vigilante se desplomó instantáneamente. Laghell corrió hacia él lo examinó un momento y luego lo arrastró para dejarlo al otro lado de unos arbustos.

—Dormirá hasta bien entrada la mañana —dijo, mientras

efectuaba la operación, contemplado por la muchacha.

De pronto cesó la resistencia que le oponía el peso del centinela y cayó sentado al suelo. Laghell contempló estupefacto los brazos que habían quedado en sus manos. Aura lanzó un chillido de horror.

—Diste demasiada potencia a la descarga —exclamó. Laghell meneó la cabeza.

—Tal vez, pero no he matado a una persona —contestó, a la vez que tiraba los brazos desdeñosamente a un lado. —¿Cómo?

El joven se puso en pie. —Era un robot. Ella abrió la boca, estupefacta.

—Un robot...

—Así como lo oyes. Puede que su cerebro artificial estuviese muy desarrollado, pero el cuerpo era una porquería —calificó Laghell desdeñosamente.

Aura no sabía que decir. Laghell agregó:

—Nosotros, los descendientes de los terrestres, fabricamos robots de muy superior calidad. Pero dejemos este asunto; vamos a ver si encontramos la guarida de ese aparato que destruyó la chatarrería.

Los ojos del joven recorrieron la ladera que tenía frente a él y en la que, según los datos obtenidos, tenía que hallarse el aeromóvil mencionado. Sin embargo, no pudo encontrar la menor señal de una abertura que le permitiese llegar a un escondite secreto.

—Esto no es posible —dijo entre dientes—. El aeromóvil vino aquí; los datos de seguimiento de radar son fiables hasta una distancia máxima de cinco metros. Por tanto, ese escondite tiene que estar aquí...

—Laghell se interrumpió bruscamente al darse cuenta de que Aura no le hacía el menor caso.

Los ojos de la muchacha, fijos en otra parte, expresaban un horror indescriptible. Laghell, intrigado, se volvió y entonces pudo contemplar algo espantoso.

El robot, sin brazos, avanzaba lentamente hacia ellos, dando la sensación de que nadie podía detener su marcha.

Era como una ciega fuerza de la naturaleza, contra la cual no

había resistencia posible, pensó Laghell.

* * *

El robot inspiraba un horror indescriptible, más que por la amenaza en sí, por su aspecto tan semejante a un ser humano, pero desprovisto por completo de sus brazos mecánicos, amputados a ras de los hombros. El esfuerzo realizado por Laghell para arrastrarlo había hecho que cediesen unas estructuras defectuosas, aunque, al mismo tiempo, la descarga de energía, que habría inmovilizado a un hombre durante largas horas, sólo había causado una parálisis momentánea de los mecanismos de aquella máquina con figura humana.

Los ojos artificiales del robot aparecían iluminados por un extraño resplandor. Quizá no había llegado a su cerebro artificial la noticia de que carecía de extremidades superiores, pensó Laghell, pero, en todo caso, seguía siendo un enemigo peligroso.

Reaccionando, extendió una mano.

—¡Apártate. Aura!

La muchacha se desvió unos pasos, mientras contemplaba con espanto la escena. Laghell, a fin de ganar tiempo con objeto de reflexionar cuál podía resultar la mejor solución para aquel problema inesperado, retrocedió lentamente, sin poder perder de vista al robot ni un solo instante.

El parecía ser el objetivo de la máquina. Tenía la pistola, pero dudó de su efectividad.

De pronto, tropezó con algo y cayó de espaldas. Su cuerpo se hundió en una superficie blanda, aunque, en aquellos momentos, no prestó atención al detalle.

El robot aceleró un poco su marcha. Laghell se dio cuenta de que estaba enredado en algo y luchó desesperadamente para liberarse. Aura vio la crítica situación en que se hallaba el joven y, de pronto, saltando hacia adelante, empujó al robot con ambas manos.

Fue un ataque inesperado. El robot cayó al suelo.

Laghell consiguió incorporarse. El robot se esforzaba por recobrar de nuevo la posición vertical. Entonces, Laghell pensó que sólo había una forma de evitar aquella amenaza.

Haciendo un esfuerzo supremo, se lanzó hacia adelante. El robot empezaba a enderezar el torso sin brazos, cuando Laghell, con los dos

pies juntos, saltó sobre él.

Se oyeron unos crujidos aterradores. Laghell saltó varias veces sobre el robot, procurando que sus ochenta y cinco kilos de peso cayeran sobre las partes más sensibles de la máquina. Para finalizar su ataque, cayó sobre el cráneo artificial, que se hundió con sonidos que pusieron los pelos de punta a la muchacha.

Jadeante, sin aliento. Laghell se volvió hacia ella.

—Parce ser que, al fin, hemos eliminado al adversario —sonrió.

Aura se puso una mano en el pecho.

—Tenía un miedo espantoso —confesó.

—Tampoco yo me sentía más tranquilo —dijo él.

De pronto, recordó algo y se volvió con rápido movimiento.

Contempló la ladera, en la que se veía una especie de hundimiento que no estaba momentos antes. Súbitamente obedeciendo a un irresistible presentimiento, alargó los brazos, agarró aquella flexible superficie con ambas manos y tiro con todas sus fuerzas .

Un lienzo entero de la ladera fue apartado a un lado. Ante los asombrados ojos de la pareja, apareció una amplia abertura, la boca de un túnel cuya profundidad resultaba imposible de calcular desde aquel lugar.

Pero los anteojos para visión nocturna les permitieron contemplar un espectáculo alucinante.

La boca del túnel se ensanchaba a los pocos metros, dando lugar a una gigantesca caverna, excavada bajo la colina, en cuyo interior se veían centenares de aparatos idénticos al que había destruido la chatarrería.

Pero eso no era todo, reconoció Laghell, anonadado. Había también una infinidad de hombres uniformados, en pie, a ambos lados de la caverna, con sus armas y equipo, pero completamente inmóviles, sin que se advirtiera en ellos el menor signo de vida. Estaban formados en tres filas a ambos lados y Laghell calculó su número en no inferior a los cuatro mil.

—Todos son robots —murmuró Aura, aterrada—, Pero ¿qué hacen aquí?

Laghell reflexionaba furiosamente, tratando de encontrar una solución a aquel enigma. De pronto, creyó dar con la respuesta.

—Alguien los ha «acuartelado» aquí, en espera de que llegue el momento propicio —dijo—. Entonces, estos robots recibirán una señal determinada de radio, que pondrá en funcionamiento cieno programa de acción, grabado en sus circuitos.

—¿Para qué? — preguntó Aura, atónita.

—La respuesta es bien simple: invasión de Tikhdor.

CAPITULO X

Durante unos momentos, Laghell y Aura guardaron silencio, como si no supieran qué hacer. Ella, sin embargo, fue la primera en hablar.

—Una invasión... ¿para esclavizarnos?

—¿Qué otro objeto podría tener? —contestó él amargamente.

—¿Y no hay medio de evitarlo, Kevin?

Laghell volvió a meditar.

—Estos robots, estoy seguro, obedecen a un sistema de comunicaciones instalado en alguna parte, cuya situación desconocemos, pero tampoco importa demasiado —dijo al cabo de unos momentos—. Sin embargo, cometieron un error al enviar a uno de estos aparatos a destruir la chatarrería.

—¿Tú crees?

—O no lo sabían o se descuidaron, pero el hecho es que el vuelo de ese aparato quedó registrado en los controles del astropuerto. Así hemos podido llegar nosotros hasta aquí.

—Sí, pero, ¿qué hacemos nosotros ahora? Deberíamos destruir esta base secreta...

—No tenemos explosivos —contestó él, desalentado—. Una bomba de tiempo, haría estallar los vehículos situados más cerca de la entrada y luego, los demás, en cadena, explotarían por simpatía..

De pronto, Laghell lanzó una exclamación:

—¡Ya lo tengo!

Aura le miró ávidamente.

—¿Sí, Kevin?

El joven se apoderó de la mano de Aura y tiró de ella.

—¡Vamos, pronto; volvamos a mi aeromóvil!

Corrieron velozmente y, en pocos momentos, alcanzaron el vehículo, en el que Laghell entró, para salir muy pronto, con un aparato en las manos.

Los ojos del joven brillaban de un modo especial.

—Aura, no nos hace falta explosivo —dijo—. Tenemos todo lo

necesario para hacer saltar por los aires esa maldita base de robots.

—¿Cómo lo vas a conseguir? — preguntó ella.

—Ven, en seguida lo sabrás.

Aura le siguió hasta llegar, minutos más tarde, a una pequeña eminencia, desde la cual dominaban sin dificultad la entrada a la caverna secreta. Laghell hizo que se tendiera en el suelo y luego explicó su plan.

—Esto que tengo en las manos es un aparato de control remoto, con el cual puedo guiar mi aeromóvil, sin necesidad de estar a bordo. Ahora verás, encanto.

Aura creyó comprender y sintió que se le detenía la respiración.

Con ojos aprensivos, contempló las operaciones que Laghell efectuaba en la caja de control remoto. A los pocos momentos, vio al aeromóvil elevarse hacia las alturas.

A fin de guiar mejor su trayectoria, Laghell había encendido todas las luces. En la oscuridad de la noche, el aparato brillaba como una luciérnaga gigante.

Laghell evitó que el aeromóvil ganase una altura excesiva. Le interesaba más la distancia, no muy grande tampoco, sin embargo. Hizo que el vehículo se situase a unos dos mil metros de la bocamina y luego lo disparó hacia adelante.

—Vas a perder un aparato que vale una fortuna —dijo Aura.

—He perdido mucho más —contestó él—. Esto es como perder cinco centésimos de «garant», después del saqueo a que he sido sometido.

El aeromóvil ganaba velocidad rápidamente. Guiándose por sus luces, Laghell lo orientó en la dirección deseada.

—Si fallo... —murmuró.

Pero no hubo error. Lanzado a casi quinientos kilómetros por hora, el vehículo se introdujo como un proyectil en la caverna, desapareciendo de la vista de los dos jóvenes.

Durante un interminable segundo, pareció que no ocurriría nada. Luego, súbitamente, se vio brillar un fuerte chispazo.

El fogonazo se transformó en una inmensa llamarada, que hizo

parecer a la caverna un dragón mitológico escupiendo fuego por su boca. El chorro de llamas alcanzó a centenares de metros de distancia, sin producir el menor daño a la pareja, convenientemente guarecidos tras un pequeño ribazo.

Las explosiones se sucedieron rapidísimamente, con un horrendo volumen sonoro. Enormes trozos de roca volaron por los aires, cuando los estallidos empezaron a producirse en lo más profundo de la caverna.

La tierra tembló, como sacudida por una gigantesca convulsión sísmica. Repentinamente, un colosal chorro de llamas subió a lo alto, casi en silencio, en comparación con el estruendo producido segundos antes. Fue un fogonazo de dimensiones indescriptibles, que barrió las tinieblas en decenas de kilómetros a la redonda y que a Laghell le pareció iba a llegar fuera de la atmósfera tikhdoriana.

La atmósfera se vio terriblemente sacudida y tanto Laghell como la muchacha tuvieron que aferrarse desesperada mente al terreno, para no ser arrastrados por aquella poderosa onda expansiva, que parecía más bien un huracán desencadenado por las fuerzas de la naturaleza y no debido a causas artificiales. Plantas y arbustos fueron arrancados de raíz o desgajados en muchos puntos y Laghell pensó que, cuando se hiciera de día, se podrían apreciar mejor tos efectos de aquella devastación.

Luego se oyeron ruidos sordos, como de hundimiento y ello duró casi cinco minutos. Finalmente, y poco a poco se atenuaron los sonidos, hasta extinguirse del todo

Sin embargo, había un lugar donde las tinieblas no eran absolutas. En un punto donde había estado la caverna se apreciaba un resplandor rojizo, como el agonizante rescoldo de una gigantesca hoguera, un enorme brasero que daba la sensación de que permanecería encendido durante mucho tiempo.

Laghell y Aura se contemplaron durante unos segundos.

Ella sonrió tímidamente.

—Creo que hemos pasado mucho miedo — dijo.

—No te lo puedes figurar siquiera —contesó él, sonriendo también—. Pero ya es hora de que nos larguemos de aquí.

Tenía el transmisor en la mano y marcó una cifra determinada. Tuvo que aguardar unos minutos, hasta que, al fin, oyó la voz

soñolienta de su segundo:

—Si el que me ha despertado es el que me supongo, maldigo la hora en que se me ocurrió contratarme con ese canalla que ha venido a sacarme de un sueño maravilloso...

Laghell se echó a reír.

—¿Cómo? ¿No tienes a Shelena a tu lado, Aktim? Si fuera así, no necesitarías soñar con ella, claro. Bien, dejémonos de chanzas. Sacude el sueño y toma nota de unas coordenadas, para que vengas a recogernos cuanto antes.

De pronto, Laghell sintió que le tocaban en el hombro. Volvió la cabeza y divisó unas chispitas luminosas que se movían rápidamente en aquella dirección.

—Rectifico —dijo rápidamente—, Aktim, no hagas nada; podrían sorprendernos. Ya te avisaré cuando llegue el momento apropiado. Ahora corto; no tengo tiempo de añadir más.

—Pero, capitán...

—No te preocupes por nosotros, Aktim. Hasta la vista.

Laghell cortó la comunicación y agarró la mano de la muchacha.

—Vamos a escondernos, Aura —dijo, a la vez que tiraba de ella hacia la zona más boscosa.

Al amanecer, contemplaron un espectáculo realmente increíble.

En el lugar donde había estado la colina, bajo la cual se había excavado aquel inmenso hangar, no había sino un gigantesco cráter, de un par de kilómetros de diámetro, del amarillento, verdaderamente repulsivo, varios aeromóviles, con las insignias de Tikhdor, evolucionaban lentamente sobre aquellos parajes, como si estuviesen buscando supervivientes.

La vegetación protegía sobradamente a la pareja. Laghell y la muchacha permanecieron largo rato, observando los movimientos de los k'phwonitas, hasta que, al fin, parecieron abandonar las tareas y empezaron a alejarse en dirección a la capital.

Laghell aguardó por precaución todavía un buen rato y, además, consideró oportuno alejarse de aquel lugar unos cuantos kilómetros. Al filo de mediodía, llamó a Aktim para que viniera a recogerlos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Aura, mientras aguardaban la llegada del segundo.

El rostro de Laghell aparecía cubierto de sombras.

—Esta noche, si no estás demasiado cansada...

—En absoluto. Puedo ir adonde tú digas —manifestó ella rápidamente.

—Muy bien, me llevarás a la entrada posterior de la tienda Productos de K'Phwon. Quiero explorar el terreno, para ver la forma de entrar en ella, sin permiso de sus dueños. Quiero conocer el sótano al que tú no tenías acceso y quiero también conocer el «comedor» de los empleados de esa tienda. Y también, pero no a la noche, iré a hablar con Sphylla.

—Está bien, pero hay algo que me extraña, Kevin. ¿Por qué has dicho comedor con tanto retintín?

—A ti te compraron y te empleaban para barrer y otras tareas de limpieza. Pero, di me, ¿serviste la mesa, en alguna ocasión? ¿No te parecería lógico que alguna vez les hubieras preparado siquiera una taza de café? ¿Fregaste alguna vez los platos?

Aura abrió la boca, como si se sintiera asombrada.

—No, nunca, y lo cieno es que esperaba cocinar para ellos, pero jamás me dijeron nada en tal sentido —respondió.

—Entonces, cuando hayamos entrado en la tienda y explorado a fondo su interior, podré confirmar mis sospechas acerca de lo que son realmente los k'phwonitas.

Aura se dijo que ella también sospechaba lo mismo, pero sintió tanto temor, que no se atrevía a expresarlo con palabras.

* * *

Salió del baño, cubierto a medias con una toalla y frotándose con otra los cabellos húmedos. De pronto, oyó sonido de voces.

Una de ellas era la de Aura, que protestaba de algo desagradable. Otra voz pertenecía a un hombre al que identificó en el acto, antes de verle.

Fiidoz irrumpió violentamente en la sala.

—¡Capitán Laghell! —gritó.

El joven se quedó mirándolo fijamente.

—Coronel, ¿qué diablos hace usted en mi casa? —preguntó.

—He venido a preguntarle dónde ha pasado usted la noche...

—¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? ¿Con qué autorización ha entrado en un lugar que no es suyo?

—Tengo permiso de...

—¡No tiene mi permiso, coronel! —tronó el joven—. Está aquí ¡legalmente y puedo hacer que le detengan por allanamiento de morada. ¿Sabe lo que eso significa, en cualquier código de leyes?

—No me venga con excusas jurídicas —contestó Fiidoz orgullosamente—. Yo puedo entrar en cualquier parte, con o sin permiso de su dueño.

—No en mi casa, de la cual va a salir usted inmediatamente —dijo el joven con firmeza—. Y si tiene algo contra mí, buscará a un juez y obtendrá una orden legal. O no pasará del umbral. ¿Está claro?

En aquel instante, Laghell vio a Aura en la puerta de la sala con una pistola en la mano. El semblante de la muchacha aparecía pálido, contraído, pero, al mismo tiempo, con una expresión de firmeza que no admitía dudas acerca de sus intenciones.

Rápidamente, Laghell hizo un gesto negativo con la cabeza. Aura comprendió y ocultó el arma a su espalda.

Fiidoz pareció sentir extrañeza y se volvió un instante, pero no vio nada que motivase su alarma y se encaró de nuevo con el joven.

—Capitán, le presento mis excusas por mi comportamiento —dijo, con sorprendente mansedumbre—. Estoy dispuesto a aceptar la queja que usted quiera presentar ante su excelencia la cónsul general, pero ¿le importaría contestarme a unas preguntas?

—Debiera haber empezado por ahí —refunfuñó el joven—. Nunca niego la entrada en mi casa a nadie que observe el comportamiento adecuado. En fin, ¿qué quiere saber, coronel?

—¿.Dónde ha pasado la noche, capitán Laghell?

—¿Debo contestar a esa pregunta?

—Se lo suplico.

—Coronel, temo que usted desconoce muchas de las costumbres de los tikhdorianos. A fin de cuentas, somos descendientes de terrestres...

—Lo sé de sobra —dijo Fiidoz, impaciente.

—Por eso mismo, no puedo decirle dónde he pasado la noche.

—No entiendo...

Laghell simuló un suspiro de resignación.

—Hijo, parece tonto. No irá a obligarme a que le dé el nombre de la dama, ¿verdad?

—Podría obligarle a ello...

—Coronel, si insiste, presente una acusación en regla, con pruebas determinantes. Entonces, la dama en cuestión arriesgará su buen nombre para deshacer la calumnia. Mientras tanto, no le diré quién es... y permítame que dude acerca de su potestad para obligarme a ello.

Fiidoz pareció sentirse desconcertado.

Ni siquiera atinaba a dar una respuesta. Laghell decidió

aprovechar la ocasión.—¿Ha ocurrido algo grave, coronel?

—No, no —repuso Fiidoz—, No ha pasado nada...

—Entonces, ¿por qué le preocupan mis movimientos nocturnos?

Sobrevino un instante de silencio. Fiidoz sacó el pecho.

—Capitán, usted y yo sabemos que trata de engañarme. Infortunadamente, no puedo probar lo que sabemos ha hecho durante la noche. Pero ya volveremos a encontrarnos, se lo aseguro, y, créame, la próxima vez no saldrá tan bien librado.

—No me amenace, coronel, es algo que no tolero en quien está aquí por la fuerza. Repito: si tiene algo contra mi, presente una acusación. Mientras tanto, salga de mi casa y no vuelva a poner los pies en ella.

Fiidoz dio media vuelta y se marchó con paso rápido. Cuando estuvieron solos, Aura corrió hacia el joven y le miró ansiosamente.

—Kevin, ese hombre me da un miedo horrible —confesó.

Laghell sonrió ligeramente.

—Es un enemigo peligroso, en efecto, aunque menos de lo que él mismo se cree —contestó.

—Sospecha que has sido tú el que destruyó su base secreta.

—Pero no puede probarlo. Además, no le daremos tiempo.

—¿Qué piensas hacer, Kevin?

—Lo sabes de sobra. Esta noche iremos a ver la entrada posterior de la tienda k'phwonita. Mañana, hablaré con Sphylla.

—Fiidoz lo habrá hecho antes...

—Eso es algo que no podemos evitar. Y ahora, dime, ¿estabas dispuesta a utilizar la pistola?

—¡Oh, sí! —contestó Aura con gran vehemencia—. Le habría matado sin vacilar, si hubiese visto que te amenazaba el menor riesgo.

Laghell hizo un gesto con la cabeza.

—No sabes hablar correctamente. Aura —dijo.

—¿Cómo? —se extrañó la muchacha— He dicho que le habría matado, aunque luego me hubieran acusado de asesinato...

—Estás equivocada. En todo caso, la acusación habría sido de «destrucción de una máquina» —declaró Laghell sorprendentemente.

Los ojos de la muchacha se dilataron. —Creo que comprendo, Kevin —dijo quedamente. Laghell le dio unas palmaditas en la mejilla. —Esta noche iremos a explorar el terreno, quiero decir, la trasera de esa condenada tienda k'phwonita, y así sabré qué herramientas he de emplear para forzar la entrada —dijo.

—Habrá una segunda incursión —adivinó ella.

—Exactamente —confirmó Laghell.

CAPITULO XI

Laghell apareció en la residencia de Sphylla con una artística cesta que contenía dos botellas de champaña, en su correspondiente lecho de hielo. Ella pareció sorprenderse al ver el obsequio.

—¿Por qué traes eso? —preguntó, después de los primeros saludos.

—Una costumbre tikhdorita. Heredada de los antepasados terrestres, naturalmente. Cuando un caballero va a visitar a una dama, le lleva algún obsequio. Ella, en ocasiones, tiene preparada una botella de champaña, pero, imaginándome tu desconocimiento de ciertas de nuestras costumbres, pensé que debía ser yo el vino que hiciese la fiesta aún más agradable.

—Pensé que venias a hablarme de asuntos más serios —alegó Sphylla, un tanto desconcertada.

—Cuando llega la hora de la diversión, los negocios se dan de lado —exclamó él jovialmente—. ¿Una copita, preciosa?

—Bueno, si tanto ¡asistes...

Laghell destapó la primera botella y procuró que el tapón hiciese ruido. Luego vertió champaña en las copas y entregó una a su bella anfitriona.

—¿No has probado nunca el champaña? —preguntó.

—Sólo en contadas ocasiones. Prácticamente, se diría que soy abstemia...

—¡Horror! El abstemio es un ser que no conoce la alegría de vivir.

—El alcohol mata, Kevin —dijo ella con severidad.

—Pero lentamente... y nunca si se toma con mesura, justo para animar el espíritu. ¿Qué te parece el champaña?

Sphylla paladeó un poco de vino. Luego sonrió.

—Delicioso.

Laghell volvió a llenarle la copa.

—Bebe y no temas —dijo—. A fin de cuentas, si te sientes luego un poco pesada, ahí tienes donde descansar y reponerte —añadió, a la vez que señalaba el enorme diván que formaba parte de la decoración de la sala.

Sphylla vació su copa y Laghell se la llenó una vez más, acompañándola en la bebida. Un cuarto de hora más tarde, habían vaciado la primera botella y Laghell destapó la segunda.

Empezaba a sentir cierta euforia, que juzgó debida al alcohol. Sphylla, en cambio, parecía completamente normal

Cuando se acabó la segunda botella, Laghell daba cabezadas y sentía que todo daba vueltas a su alrededor. Sphylla se alejó unos momentos, para volver con una tercera botella, que abrió con expresión jubilosa.

—La tenía para una ocasión muy especial, pero la abriré esta misma noche —dijo.

Notó que el sueño de la embriaguez le vencía mente, pero, aun así, tuvo tiempo de pensar en algo chocante. «He sido un estúpido. Esa mujer resiste como un cosaco... Y decía que era abstemia..»

Sphylla parecía absolutamente insensible a los efectos del alcohol, apreció, antes de dormirse como un tronco.

* * *

Despertó sintiendo una terrible sequedad en la boca. «Buena la he pillado», se dijo, irritado consigo mismo.

Había ido dispuesto a emborrachar a Sphylla, seguro que el alcohol desataría la lengua de la cónsul, pero había sucedido exactamente lo contrario.

—¿Habré dicho algo inconveniente?

Sentía cierta aprensión, pero lo primero que debía hacer, pensó era despejarse la cabeza. Incorporándose en el diván donde había dormido hasta entonces, miró a su alrededor y se encontró solo en la estancia

El silencio era absoluto. Laghell consultó su reloj.

Eran las doce y media Había ido poco antes de las nueve, lo que

significaba que su sueño había durado alrededor de tres horas.

De Sphylla no se veía el menor rastro.

—Se habrá ido a dormir —murmuró, mientras se incorporaba para encaminarse al cuarto de baño.

Minutos más tarde, se sentía completamente despejado. Regresó a la sala y llamó a Sphylla, pero no obtuvo la menor respuesta.

—Se habrá ido a dormir —murmuró—. Vaya un papelón que he hecho...

Ella se habría sentido muy decepcionada, supuso. Lanzando un suspiro, se dispuso a abandonar la residencia, pero, de pronto, vio el videófono y concibió una idea.

¿Qué habrán hablado Sphylla y Fiidoz?, se preguntó. Acercándose al aparato, tocó la tecla de reproducción de grabaciones. Esperó unos momentos y luego puso la cinta en funcionamiento normal, tras haberla rebobinado. A los pocos segundos se oyó una voz conocida.

—Yo puedo entrar en cualquier parte, con o sin permiso pe su dueño...

Otra voz, que no había oído en aquellos momentos, surgió del aparato:

—Coronel, está observando un comportamiento imprudente. Presente sus excusas al capitán Laghell. Es una orden.

Laghell se quedó estupefacto. Aquella voz era la de Sphylla. Pero ¿cómo se había comunicado con Fiidoz, cuando éste se hallaba en su casa?

En aquel momento fue cuando Fiidoz, cortés, dijo:

—Capitán, le presento mis excusas por mi comportamiento. Estoy dispuesto a aceptar la queja que quiera presentar...

El joven ya no quiso seguir escuchando más y presionó la tecla de desconexión.

Sphylla lo sabía todo. Había estado continuamente en contacto con Fiidoz y había escuchado con toda claridad lo que se había hablado en su casa.

¿Qué procedimiento habían empleado para comunicarse?

Tal vez un transmisor de dimensiones sumamente reducidas y hábilmente disimulado, además...

Había una forma de averiguarlo. Sonrió, mientras sacaba el pecho con fanfarronería

Sphylla dormía, pero él la despertaría. Ella no se quejaría, antes al contrario, se sentiría muy satisfecha de recibir las atenciones del tikhdoriano. Y luego, en los momentos de languidez, propicios a las confidencias...

Pisando de puntillas, buscó el dormitorio, separado de la sala ahora por unos espesos cortinajes. Apartó las cortinas ligeramente y entonces vio algo que le hizo sentir una terrible extrañeza.

Sphylla estaba sentada en una silla como en otra ocasión anterior, desnuda pero con una sábana sobre el regazo. Tenía los ojos cerrados y su pecho aparecía completamente inmóvil.

«Ni siquiera respira», se dijo, atónito.

De pronto, vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Se dio cuenta de que aquel detalle le había pasado por alto en otra ocasión, cuando había visto a Sphylla en una actitud semejante. Ahora, más receloso, había tratado de apreciar mejor los detalles y ellos le había permitido hacer aquel sensacional descubrimiento.

Lentamente, se acercó a la mujer, sin que ella pareciera dar señales de percibir su presencia. Dio la vuelta a la silla y contempló con ojos de horror el largo cable negro que surgía del centro de su espalda para ir a parar a una toma de corriente en la pared cercana.

El asco, la repugnancia y la repulsión se apoderaron inconteniblemente de él y le hicieron sentir náuseas. Súbitamente, dio media vuelta y echó a correr en busca de la salida.

Huía de sí mismo, pero no podía escapar a ciertos momentos que le hacían sentirse enfermo, cada vez que volvían a su memoria.

* * *

Aktim llegó a la tarde siguiente, cargado con un montón de cosas, que dejó sobre una mesa. Aura le atendió amablemente y el segundo se extrañó de no ver al dueño de la casa.

—¿Dónde está? — preguntó.

Aura señaló una puerta con la cabeza.

—Allí —contestó, muy seria

—¿Le pasa algo? —quiso saber Aktim, muy intrigado.

—No lo sé. Anoche fue a la residencia de Sphylla. Ha pasado allí la mayor parte de la noche y sé que ha regresado a la madrugada pero no he hablado con él todavía. Me siento muy preocupada no ha pronunciado una sola palabra y está como si le hubiesen propinado alguna droga..., sin mo verse, sin hablar, con los ojos fijos en el vacío...

Aktim se alarmó.

—¡Por todos los diablos! ¿Le habrán drogado? Esos malditos k'phwonitas son capaces de todo...

Con paso rápido se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

—¡Jefe! —gritó—, ¡Ya estoy aquí! He traído todo lo que me encargó. Estamos dispuestos para entrar en la maldita tienda y volarla si es preciso... Además, tengo que decirle algo interesante...

Laghell estaba sentado en un butacón y pareció volver a la vida. Sus ojos recobraron el brillo habitual, a la vez que su rostro se animaba con una ligera sonrisa.

—Aktim, ¿qué diablos es eso tan interesante que tienes que contarme? — preguntó.

—¡Vaya, al fin ha resucitado el difunto! —exclamó Aktim alegremente—. Bueno, es el análisis de aquella materia vítrea que encontramos en la chatarrería... Realmente, es vidrio, pero tiene algunas sustancias que no han podido ser identificadas... El analista cree que es obra de la acción de aquel maldito rayo blanco... Le pasé la grabación del ataque, ¿sabe?

—Bueno, eso importa ahora mucho menos de lo que parece — contestó el joven, a la vez que se ponía en pie—, ¿Has traído todas las herramientas, Aktim?

—Sí, capitán. Pero ¿qué diablos le ocurría? Confieso que me sentía asustado...

—Yo llegué a pensar que Sphylla le había dado algún brebaje dañino — terció Aura.

Laghell sacudió la cabeza.

—No, no es eso —dijo—. La verdad es que anoche descubrí algo que me llenó de asco. Traté de emborrachar a Sphylla. pero ella resistió como un astronauta veterano al llegar a tierra. Me sorprendió muchísimo, porque fui yo el que perdió el sentido, pero más tarde comprendí la verdad.

—¿Y es…? —preguntó Aura con avidez.

—Sphylla es un robot. La sorprendí… «cargando baterías».

Hubo un momento de estupefacto silencio. Luego, Aura dijo:

—¿Es cierto, Kevin?

El joven asintió.

—Tenía un cable conectado desde su cuerpo a una toma de corriente — respondió.

Y luego, de mala gana, añadió:

—Pero entonces yo no sabía nada… Parecía una mujer absolutamente normal, aunque, eso sí, no demasiado apasionada…

Súbitamente, Aktim echó a reír con grandes carcajadas, a la vez que se golpeaba fuertemente los muslos. Laghell le contempló extrañado.

—¿Qué diablos te pasa, Aktim? ¿He dicho algo gracioso? A mí me parece que no…

Las lágrimas causadas por la hilaridad, corrían abundantemente por las mejillas del segundo.

—¡Una muñeca hinchable! ¡Hizo el amor con una muñeca hinchable! —dijo, entre risotada y risotada, verdaderamente atronadoras—. Ah…, a mí me va a dar algo… No sé si podré resistirlo..

Aura se había puesto colorada en un principio, pero luego, contagiada por la jocosidad de Aktim, rompió a reír también, mientras que Laghell se sentía muy enojado, más consigo mismo que contra los otros dos.

Al fin, y aunque de mala gana, esbozó una sonrisa.

—Está bien, uno tiene derecho a cometer ciertos errores… sobre todo, cuando le pintan la fruta con colores tan atractivos. Dejemos

esto ahora, Aktim. ¿Tienes todo preparado como te había indicado?

Aktim sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas.

—Sí, jefe, cuando usted quiera… Haremos saltar la tienda k'phwonita por los aires, si es preciso…

—Haremos algo mejor —dijo Laghell ceñudamente—. Acabaremos con el dominio extranjero y Tikhdor dejará de ser un mundo que estaba a punto de ir a la deriva en manos de quienes no son sus dueños… porque ni siquiera son humanos.

CAPITULO XII

La puerta posterior de la tienda de Productos de K'Phwon era de metal absolutamente liso, sin la menor señal de abertura para una llave.

—Debe de abrirse por una clave de huellas dactilares —supuso Aktim.

—Y habrá alarmas... — dijo Aura, aprensiva.

—Las hemos anulado, creando un campo de energía negativa, que corta toda la corriente al interior de la casa, incluida la de baterías y pilas portátiles. En estos momentos, la tienda está absolutamente inerte —explicó Laghell.

Aktim sacó de la bolsa que llevaba algo muy parecido a una pistola y la acercó al lado de la puerta en que se hallaban las bisagras. La pistola estaba unida a una mochila que contenía las baterías que suministraban la energía precisa para el funcionamiento. Consultó el indicador de carga y acercó la boca de la herramienta a una de las bisagras.

Un rayo de luz rojiza, de muy poca intensidad, brotó inmediatamente y se fijó sobre la bisagra. A los pocos segundos, el metal había desaparecido, convertido en vapor.

Aktim repitió la operación con las restantes bisagras. Al terminar, Laghell probó la puerta, que cedió hacia adentro de inmediato.

—Cuidado, no se caiga —dijo el segundo—. Organizaría un ruido de mil diablos.

Entre los dos, la apartaron a un lado, dejándola apoyada en el muro de un corredor completamente oscuro. Cada uno de ellos, sin embargo, llevaba una potente linterna, con lo que podían alumbrarse para evitar dificultades.

—Aura, guíanos al comedor, en primer lugar —pidió Laghell.

La muchacha se movió rápidamente. Llegó ante una puerta, la abrió y se apartó a un lado.

Laghell paseó la linterna por el interior, completamente desconcertado.

—Esto no parece un comedor —dijo—. ¿Estás segura...?

—Absolutamente —contestó la muchacha—. Se reunían aquí,

pero ya te dije que nunca me permitieron la entrada.

—Sólo hay unas cuantas sillas —manifestó Aktim, no menos desconcertado.

—Esperad un momento... Creo que tengo la solución —dijo el joven—. En cierto modo es un comedor... de energía. Ellos se reunían aquí, simplemente, para recargar sus baterías.

—Es posible que tengas razón —convino Aura.

—En tal caso, no me parecen unos robots demasiado perfeccionados —calificó el segundo—. Los he conocido mejores y no necesitaban recargar las baterías con tanta frecuencia.

—Algún defecto debían de tener —dijo Laghell con sorna—. Bien, Aura, ¿conoces el camino del sótano?

—Sí, desde luego.

La visión de lo que había en el sótano, al que llegaron sin demasiadas dificultades, les dejó anonadados.

Encontraron, en primer lugar, una sala de exposiciones, con una docena de cómodas butacas, situada frente a una gigantesca pantalla de televisión, en la que Laghell supuso se proyectaban las imágenes de los artículos que el presunto comprador deseaba adquirir. En una habitación contigua, de grandes dimensiones, había dos cabinas de cristal muy grueso, cuyo objeto les resultó desconocido por el momento, hasta que Laghell recordó haber oído algo sobre cierto procedimiento de duplicación de objetos, mediante una copia del original.

—Debían de copiar muchos objetos terrestres —murmuró, recordando el incidente de la colección Varshanoff—. Pero creo que también copiaban algo más.

—¿Qué podía ser, Kevin? — preguntó Aura.

Laghell se volvió ligeramente.

—Personas — respondió.

Aura se puso una mano en la boca.

—Eso explicaría lo que le sucede a tu amigo Malavay —dijo—. No es el original...

—Hay algo en lo que, si es cierto, no hemos reparado —terció

Aktim—. Y resultaría interesante saberlo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Laghell.

—Sphylla. ¿De quién es un duplicado?

Laghell sacudió la cabeza.

—No puedo contestar a ese enigma —dijo—. Vamos a terminar la exploración y... Aktim, ¿tienes preparados lo explosivos?

—La tienda saltará por los aires cinco minutos después de habernos marchado — dijo el segundo con suficiencia.

Otra puerta les condujo a una habitación en la que había unos extraños aparatos, cuya utilidad les resultó desconocida. Había dos sillones, con abrazaderas para brazos y piernas provistos de unos cascos de grandes dimensiones, de los cuales partían unos cables que iban a parar al suelo.

Frente a los sillones, se veía un pupitre de control, situado en un plano algo más elevado. Detrás se veía un espejo de cuerpo entero.

—¡Aquí! —exclamó Aura de repente—. Aquí me traían ellos en ocasiones... y yo siempre creía que se trataba de pesadillas...

—Tal vez te transportaban hipnotizada —supuso Laghell.

Las correas de la mochila que portaba le molestaban un poco y se las ajustó con un par de sacudidas.

—Sí —admitió la chica—, pero ¿qué querían hacer conmigo?

—No pudimos hacer nada. Tienes una mente demasiado fuerte —sonó repentinamente una voz de mujer.

Laghell se volvió con gesto rápido. Parada en el centro de la puerta estaba Sphylla, acompañada por Fiidoz, Vaden y el director ejecutivo, Troyl.

Los tres hombres portaban sendas pistolas. Sphylla sonreía desdeñosamente.

—Debo felicitarme por la incursión que han realizado —añadió —. Esto va a solucionar de manera definitiva un enojoso problema

* * *

Aura emitió un leve grito de temor y se apretó contra el cuerpo

de Laghell, quien pasó su brazo izquierdo por los hombros de la muchacha, en ademán protector. Laghell, discretamente, echó hacia atrás la mano derecha y empezó a manipular en determinado punto de su mochila.

—En efecto —dijo Sphylla—, queríamos conseguir la mente de esa chica, pero no nos fue posible. Inconscientemente, ella se resistía a todos nuestros esfuerzos, por lo que tuvimos que darle de lado.

—Eso no parece haber sucedido con otras personas —adivinó Laghell—, Por ejemplo, Tark Malavay.

—Resultó ser un sujeto demasiado vulnerable. Extrajimos de su mente todo cuanto quisimos.

—Y esos conocimientos, lógicamente, fueron a parar al cerebro de un robot.

—Están archivados en alguna parte. Un día podremos necesitarlos.

Laghell movió una mano.

—Los conocimientos que hay en los cerebros de tus esbirros, ¿también proceden de otras personas? —preguntó.

—En parte, sí. Otros les fueron inculcados en el momento le su fabricación.

—Como te sucedió a ti.

Sphylla sonrió de un modo especial,

—Soy un robot, lo admito, pero mi cuerpo tiene características enteramente humanas, cómo pudiste apreciar en una ocasión...

—No se lo recuerde, señora; acabará vomitando —intervino Aktim burlonamente.

Un relámpago de ira apareció en los ojos de Sphylla.

—Aquella noche no parecía sentir náuseas, precisamente —dijo.

—Un fallo lo tiene cualquiera —sonrió Aura.

—¿Lo ha tenido contigo?

—Ya llegará, pero no será precisamente un fallo —respondió la muchacha, alzando la barbilla con gesto orgulloso—. Yo sí soy

humana, de carne y hueso, y no le daré náuseas. A él o a otro hombre que me quiera.

Laghell extendió una mano.

—Dejemos esto —propuso—. Sphylla, has dicho que tienes características enteramente humanas...

—Pero sin estar sujeta a vuestras debilidades físicas y mucho menos psíquicas. Cuando me veías beber, el líquido, en realidad, iba a parar a una bolsa impermeable, totalmente aislada, de donde luego era fácilmente expulsado. Había que cubrir las apariencias, ¿sabes?

—Me parece que estás fanfarroneando —dijo Laghell—. Tenéis más debilidades de las que te imaginas. ¿O sino, cómo es posible que pudiera alguien cometer los fallos imperdonables que suponían el tirar a la basura unos miembros artificiales e, incluso, una copia exacta de la cabeza de mi amigo Malavay? ¿A quién se le pudo ocurrir semejante insensatez?

Sphylla apretó los labios.

—El culpable ha sido castigado. Era un... dependiente...

—¿Cuál ha sido la pena? ¿Desguace? — rió Aktim.

—Kevin, haz callar a ese deslenguado o lo pasará muy mal — gritó Sphylla.

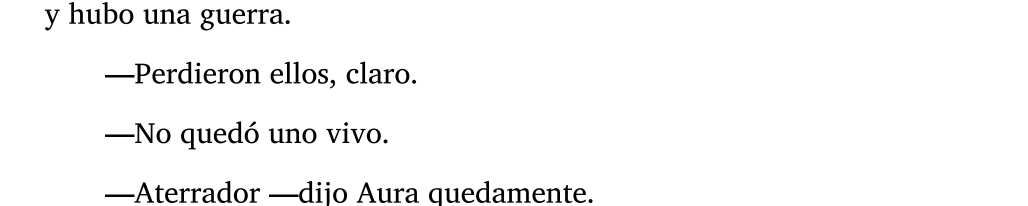
—Procura contenerte. Aktim —pidió el joven—, Sphylla, ¿tratas de decirme que pensáis vivir cientos de años?

—¿Cientos? —dijo ella desdeñosamente—, ¡Miles, Kevin, millares de años! Nuestros cuerpos artificiales se desgastarán,' es cierto, pero podremos renovar las piezas viejas, sustituyéndolas por otras en perfectas condiciones. Y cada vez nuestros conocimientos serán mayores... ¡Somos artificiales, es cierto, pero somos ya inmensamente superiores a cualquier humano! —exclamó con acento que rebosaba orgullo.

«Orgullo y ansia de poder», pensó Laghell.

Quiso decir algo, pero Sphylla se le adelantó:

—Nos construyeron en un mundo que no nos gustó, en cuanto adquirimos los conocimientos necesarios, hace de eso ya un par de cientos de años y, cuando llegamos a lo que vosotros llamáis madurez, decidimos emigrar. Nuestros constructores, naturalmente, se negaron



y hubo una guerra.

—Perdieron ellos, claro.

—No quedó uno vivo.

—Aterrador —dijo Aura quedamente.

—Pertenecían a una raza vieja, decadente... Tenían que desaparecer, eran una especie en vías de extinción y nosotros aceleramos el proceso.

—Para hacer lo mismo con nosotros —supuso Laghell.

—Ese día llegará, no te quepa la menor duda. Mientras tanto, necesitamos conocimientos que no poseíamos. Las mentalidades de nuestro mundo de origen y las de los terrestres y sus descendientes son muy distintas. Necesitamos aprender, lo reconozco..., pero no hay prisa. ¡Tenemos todo el tiempo del Universo! ¡Tenemos una eternidad de tiempo por delante y un día seremos más que dioses! —exclamó Sphylla con acento que a Laghell le pareció absolutamente megalómano.

—Sin embargo, os hemos destruido varios millares de robots y unos cientos de naves, destinados, indudablemente, a la invasión...

—Un pequeño contratiempo, aunque tú lo consideres un gran golpe. Ya te digo que tenemos todo el tiempo del Universo. Construiremos más robots, millares, cientos de miles...

—Y todos te obedecerán a ti y a tu equipo.

—Y vosotros, los humanos, también.

Sobrevino un instante de silencio. De repente, Troyl pareció flaquear y se sentó en el suelo.

—No sé... qué me pasa... —dijo, articulando las palabras defectuosamente—. Me siento debil...

Vaden cayó como una masa inerte. Fiidoz intentó dar un par de pasos, pero se desplomó bruscamente.

Sphylla pareció desconcertarse.

—¿Qué... les pasa? ¿Por qué... veo todo borroso? Siento una gran... laxitud...

—Sphylla, no sois ni siquiera dioses, y mucho menos humanos.

Sólo sois máquinas, que necesitan energía para moverse y yo os he arrebatado esa energía con esto que llevo a la espalda. Un simple anulador de energía, que es el mismo que utilizamos para cortar toda la corriente eléctrica a la tienda... y también la que activa vuestros músculos artificiales... y hace funcionar vuestros cerebros no menos artificiales. Os proclamáis invulnerables, pero sois infinitamente más débiles que los humanos, porque necesitáis la energía para vuestro funcionamiento. Digo funcionamiento y no existencia, porque sólo los humanos existen. Las máquinas, como vosotros, pese a vuestra figura, sólo funcionan... cuando disponen de la energía suficiente... ¡y la tuya se está acabando!

En los ojos de Sphylla apareció un último chispazo de cólera, pero ya no podía pronunciar una sola palabra. Quiso decir algo y sólo consiguió emitir unos sonidos ininteligibles.

Segundos después, cayó al suelo y ya no se movió.

Aktim lanzó un suspiro de alivio.

—Jefe, creí que no iba a utilizar ese maldito cacharro...

—Esperaba a que ella aclarase algunos puntos oscuros —explicó el joven—. Era necesario, me parece.

—Sí, tiene razón, pero, ¿qué haremos ahora?

—Has traído explosivos. Los utilizaremos.

—Todavía quedan muchos k'phwonitas fuera —objetó Aura.

—Ahora ya sabemos cómo inutilizarlos. Acabaremos con ellos sin dificultad —contestó Laghell resueltamente.

Cuando se disponían a salir, Aura contempló con ojos pesarosos los cuerpos que yacían en el suelo.

—Lástima, parecían seres humanos...

—Sólo eran robots, y como tales, pese a sus pretensiones, desprovistos por completo de sentimientos —dijo Laghell, como remate a una operación que, pensó, permitía que Tikhdor volviese a ser nuevamente el mundo agradable y risueño que había sido hasta la llegada de los k'phwonitas.

Luego se volvió hacia su segundo:

—Aktim, recuérdame que, cuando todo haya acabado, traigamos

la nave a tierra —agregó.

—¡Cómo! —se asombró Aura—. Pero ¿no la disparaste hacia nuestro sol?

Aktim guiñó un ojo alegremente.

—Sólo lo fingimos — dijo.

—Contiene un cargamento demasiado valioso —manifestó Laghell—, Y ahora podremos comerciar libremente, sin temor a buitres que nos despojen de lo que es legítimamente nuestro.

—Kevin, ¿volverás al espacio? —preguntó Aura ansiosamente—. Me prometiste llevarte conmigo...

—¡Pues claro que te llevaré! —exclamó el joven—. Como capitán de la nave, tengo derecho a llevar a mi esposa en todos los viajes.

—¡Oh! —gritó ella—. ¡Te vas a casar conmigo...!

—Será mejor que se dejen de arrumacos —rezongó Aktim—, Quedan tres minutos y medio para la explosión de las cargas y yo no voy a quedarme aquí para ver si funcionan las espoletas.

Echaron a correr. Antes de salir, Laghell se volvió un instante y contempló los cuerpos inmóviles en el suelo.

Por un instante, le pareció que iba a cometer un asesinato.

—Pero sólo eran máquinas —se dijo.

* * *

La nave estaba dispuesta para despegar. Aktim llegó, acompañado de Shelena. La opulenta mujer, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Si tú quisieras... Tu capitán te daría permiso para llevarme contigo... — gimoteó.

—A bordo solo puede viajar una mujer, su esposa —respondió Aktim—. Lo siento, nena; además, éste va a ser un viaje muy corto. Regresaremos dentro de pocos meses... Vamos a la Tierra; el capitán quiere que su esposa la conozca... Tú ya has estado allí, además...

Aktim consiguió despegarse de Shelena y entró en la nave. Laghell se hallaba ante el cuadro de mandos, realizando las últimas revisiones.

—¿Todo está bien, jefe?

—En orden, Aktim. No hay problemas —contestó el joven—. Además, tenemos buenas noticias de la Tierra.

—¿Sí? ¿Nos rebajan los aranceles de aduana? —preguntó Aktim ávidamente.

—No, no hay rebaja de aranceles —contestó el joven riendo—. Pero todos los k'phwonitas han sido destruidos o inutilizados.

—Eran buenos robots —murmuró el segundo evocadora- mente —. Pero necesitaban tanta energía...

—Ese era su talón de Aquiles. Un exceso de perfección, significaba también un enorme consumo de energía y era un problema que aún no habían podido resolver.

—Ya no nos quitarán el sueño...

Aura entró en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—¿Café, Kevin? ¡Ah, hola, Aktim, me alegro de verle! —sonrió.

Aktim contempló embobado a la muchacha.

—Jefe, a su esposa le ha sentado maravillosamente el matrimonio —dijo.

Aura se sonrojó ligeramente.

—Soy muy feliz —declaró.

Aktim volvió a mirada de pies a cabeza.

—No, ella no es...

—¿Qué no soy, Aktim? —preguntó Aura, intrigada, a la vez que le ofrecía una taza de café.

Laghell hizo girar su sillón y atrajo a la muchacha hacia sí, haciéndola sentarse en sus rodillas.

—Quiere decir que no eres una muñeca hinchable —exclamó.

FIN